

# Descentrar el producto interno bruto (PIB)

Bienestar, cuidados y tiempo

Iliana Vaca Trigo  
Camila Baron



NACIONES UNIDAS

CEPAL



FORDFOUNDATION

# Gracias por su interés en esta publicación de la CEPAL



Si desea recibir información oportuna sobre nuestros productos editoriales y actividades, le invitamos a registrarse. Podrá definir sus áreas de interés y acceder a nuestros productos en otros formatos.

 [www.cepal.org/es/publications](http://www.cepal.org/es/publications)

 [www.cepal.org/apps](http://www.cepal.org/apps)

# Descentrar el producto interno bruto (PIB)

Bienestar, cuidados y tiempo

Iliana Vaca Trigo  
Camila Baron



Este documento fue preparado por Iliana Vaca Trigo, Estadística de la División de Asuntos de Género de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), y Camila Baron, Consultora de la misma División, bajo la coordinación de Ana Gúezmes García, Directora de la División de Asuntos de Género.

Se agradecen los comentarios y aportes de Nicole Bidegain, Oficial de Asuntos Sociales de la División de Asuntos de Género de la CEPAL, Claudia De Camino, Jefa de la Unidad de Estadísticas Económicas de la División de Estadísticas de la CEPAL, Patricia Marchant y Giannina López, Asistentes Estadísticas de dicha Unidad, y Ana Victoria Vega, Consultora de la misma Unidad.

La publicación de este documento se realiza en el marco del proyecto de la CEPAL y la Fundación Ford "La desigualdad social y el futuro de las y los trabajadores en América Latina en el contexto de la recuperación pospandemia".

Las opiniones expresadas en este documento, que no ha sido sometido a revisión editorial, son de exclusiva responsabilidad de las autoras y pueden no coincidir con las de la Organización o las de los países que representa.

Publicación de las Naciones Unidas  
LC/TS.2022/80  
Distribución: L  
Copyright © Naciones Unidas, 2022  
Todos los derechos reservados  
Impreso en Naciones Unidas, Santiago  
S.22-00468

Esta publicación debe citarse como: I. Vaca Trigo y C. Baron, "Descentrar el producto interno bruto (PIB): bienestar, cuidados y tiempo", *Documentos de Proyectos* (LC/TS.2022/80), Santiago, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), 2022.

La autorización para reproducir total o parcialmente esta obra debe solicitarse a la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), División de Documentos y Publicaciones, publicaciones.cepal@un.org. Los Estados Miembros de las Naciones Unidas y sus instituciones gubernamentales pueden reproducir esta obra sin autorización previa. Solo se les solicita que mencionen la fuente e informen a la CEPAL de tal reproducción.

## Índice

<b>Introducción</b> .....	5
<b>I. El escurridizo objeto de la economía: entre la producción y el bienestar</b> .....	7
A. Valor y riqueza: el sesgo androcéntrico de la economía .....	7
B. Límites del Producto Interno Bruto para medir la producción y el bienestar .....	9
<b>II. Sin cuidados no hay bienestar (ni economía)</b> .....	19
A. Trabajo doméstico y de cuidados: hogares, comunidad, planeta .....	19
B. El valor del tiempo como medida de bienestar .....	24
C. ¿Lo que no se mide no cuenta? Aportes y limitaciones de las cuentas satélite del trabajo no remunerado .....	29
<b>III. La producción de bienestar: centrar la sostenibilidad de la vida</b> .....	41
A. Recuperar lo invisibilizado, visibilizar lo desvalorizado .....	41
B. Medir lo que se valora.....	42
<b>Bibliografía</b> .....	45
<b>Cuadros</b>	
Cuadro 1	América Latina (10 países): métodos de valorización económica del trabajo no remunerado de los hogares utilizados.....
	35
Cuadro 2	Situando ejercicios de valuación en un contexto más amplio .....
	39
<b>Gráficos</b>	
Gráfico 1	América Latina (10 países): mujeres de 20 a 59 años que se encuentran fuera del mercado laboral por razones familiares, último año disponible .....
	21
Gráfico 2	América Latina (12 países): tiempo de trabajo no remunerado, según sexo e ingresos propios, último año disponible .....
	25
Gráfico 3	América Latina (12 países): tiempo de trabajo no remunerado, según sexo y quintil, último año disponible .....
	27

**Recuadros**

Recuadro 1	La sostenibilidad de la vida: un concepto en construcción .....	9
Recuadro 2	La frontera de producción según el SCN 2008 .....	10
Recuadro 3	La contabilidad de la naturaleza: capital natural y cuentas ecosistémicas y ambientales .....	13
Recuadro 4	Algunos esfuerzos por medir el bienestar .....	17
Recuadro 5	De las tareas del hogar al trabajo doméstico y de cuidados: mucho más que una cuestión semántica.....	20
Recuadro 6	Ejemplos de indicadores en base al uso del tiempo.....	25
Recuadro 7	El tiempo como categoría social y subjetiva y los límites de los instrumentos actuales para medirlo .....	28
Recuadro 8	Ampliando el alcance del Sistema de Cuentas Nacionales .....	30

**Diagramas**

Diagrama 1	Paradojas de las actividades consideradas dentro y fuera del PIB .....	12
Diagrama 2	La producción esencial para la vida y su relación con el PIB.....	14
Diagrama 3	Características del trabajo doméstico y de cuidados .....	22
Diagrama 4	Del diamante del cuidado a la red diversa, situada e interconectada.....	23
Diagrama 5	Métodos de valorización económica del trabajo no remunerado de los hogares .....	33
Diagrama 6	Métodos de cálculo del valor económico del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado de los hogares .....	36
Diagrama 7	PIB extendido .....	37

**Mapa**

Mapa 1	América Latina y el Caribe (23 países): mediciones de uso del tiempo, último año disponible .....	34
--------	--	----

## Introducción

Desde sus orígenes, el Producto Interno Bruto (PIB) fue concebido como una medida limitada de la producción, acotada a las actividades de mercado y, por ende, insuficiente no sólo para medir el bienestar sino también para dar cuenta del conjunto de las actividades económicas de un país. Además de las actividades que el PIB omite, como el trabajo doméstico y de cuidados que sucede por fuera del mercado, hay otras actividades que, a pesar de estar contabilizadas, no se valoran correctamente. Los costos y acceso a la salud y a la educación, el impacto ambiental y los bienes y servicios gratuitos son temas prioritarios para el bienestar de las personas y el ejercicio de sus derechos humanos y, sin embargo, dados los fundamentos de la medición agregada del PIB, sólo se captan de manera imperfecta. Pese a estas limitaciones, conforme se extendió su uso, el PIB se convirtió en la variable con más peso para juzgar el desempeño económico y para la toma de decisiones en materia de políticas públicas. Las decisiones económicas que priorizan el crecimiento por encima del bienestar comprometen el presente y el futuro de la sociedad en su conjunto. Esas decisiones se dan por la distancia que existe entre lo que valora el PIB y lo que las sociedades valoran.

En la actualidad, la crisis ambiental y la pandemia de COVID-19 vuelven a poner en agenda la necesidad de contar con mediciones complementarias que den cuenta del carácter económico, pero por sobre todo de la importancia que tienen para las sociedades dimensiones como la de los cuidados, el uso del tiempo y el bienestar.

La pandemia puso de manifiesto la interdependencia y la fragilidad de todos los cuerpos, variables invisibilizadas en la larga historia del pensamiento económico de las que han hablado siempre los feminismos. En las crisis, en general, se evidencia la insuficiencia de las herramientas existentes para abordar las contingencias de escenarios no previstos. En este contexto, la propuesta de la economía feminista de colocar la sostenibilidad de la vida en el centro de las preocupaciones económicas (Picchio, 2001; Bosch, Carrasco y Grau, 2005) da una pista para lograr una recuperación sostenible tanto en términos humanitarios como ambientales. La sostenibilidad de la vida se entiende como un proceso multidimensional que no sólo hace referencia a la posibilidad real de que la vida continúe –en términos humanos, sociales y ecológicos–, sino a que dicho proceso signifique desarrollar condiciones de vida, estándares de vida o calidad de vida aceptables para toda la población (Bosch et al. 2005, pág. 322). Esto último también implica que los estándares se definan de manera democrática y en equidad (Carrasco y Recio, 2014).

En América Latina y el Caribe, la pandemia ha suscitado múltiples crisis y ha profundizado los nudos estructurales de la desigualdad de género. La región experimentó la peor contracción económica en más de un siglo; se modificaron las rutinas en todos los ámbitos de la vida generando profundos impactos sociales que se han prolongado incluso en los períodos de reactivación (CEPAL, 2021b). La crisis sanitaria se convirtió rápidamente en una crisis económica y social inédita, develando lo que, de tan obvio, a veces se olvida: sin salud, sin cuidados, no hay economía posible (CEPAL, 2022). Fue preciso adaptarse a las restricciones de movilidad, a otras formas de empleo y a nuevas formas de cuidado para evitar contagios. A la vez, fue más evidente que nunca que los ingresos no representan una medida completa del bienestar y que los intercambios no monetarios tienen un rol fundamental para la sostenibilidad de la vida. Los cuidados que se mantuvieron al interior de los hogares y también entre hogares, y que no se valoran en el marco del PIB, fueron fundamentales para hacer frente a la pandemia.

La región tiene una larga trayectoria de acuerdos políticos y técnicos relacionados con el reconocimiento, medición y valoración de los cuidados. Por 45 años, la Agenda Regional de Género ha desafiado romper el silencio estadístico y visibilizar aquello que el PIB no mide. Así mismo, en el marco de la Conferencia Estadística de la Américas, los países de la región han avanzado en definir estándares de medición que permitan dar cuenta del tiempo destinado al trabajo doméstico y de cuidados. Esta sinergia en el ámbito multilateral regional ha permitido que a la fecha 23 países tengan mediciones sobre el uso del tiempo y 10 países hayan logrado valorizar su aporte económico.

Los países que han medido y valorado el tiempo destinado al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado no sólo constatan su injusta distribución sino también cómo su aumento durante esta crisis ha funcionado, a costa mayoritariamente de las mujeres, y en particular de las mujeres de menores ingresos, para amortiguarla. La injusta distribución no se limita a la división de tareas al interior de los hogares que se repite en todos los países de la región y que muestra la escasa participación de los hombres. Implica también la diferencia que existe entre hogares con distinta capacidad de externalizar las tareas domésticas y de cuidado y con diferente acceso a la protección social y a la infraestructura estatal que aliviana las cargas, desde acceso al transporte público hasta atención médica y servicios educativos.

Colocar la vida en el centro significa descentrar o quitar el espacio protagónico asignado a los mercados alrededor de los cuales se ha construido el indicador económico de mayor peso: el PIB. Para eso hacen falta mediciones amplias y multidimensionales que permitan relevar aspectos no mercantiles de la organización social y económica. Al posar la mirada sobre estos otros aspectos emergen dimensiones del bienestar que van más allá de los ingresos y de la producción de mercado. Este documento se enmarca en el trabajo de la División de Asuntos de Género de la CEPAL, de generar nuevas reflexiones en torno a la importancia de priorizar el cuidado de la vida y del planeta en contraste del actual estilo de desarrollo que prioriza la acumulación de riquezas y así transitar hacia una sociedad del cuidado como una estrategia para una recuperación transformadora con igualdad. Para esto, se necesitará contar con mediciones que den cuenta de las profundas relaciones de las dimensiones económicas, ambientales y sociales. Mediciones que den cuenta de los procesos de reproducción social y los tiempos que estos requieren, así como los tiempos de cuidado que son parte importante del bienestar (Carrasco y Recio, 2014). Los avances regionales tanto en el reconocimiento político de la importancia del tiempo como medida de bienestar como en concretar instrumentos que cuestionan el sesgo androcéntrico de la corriente económica dominante permiten a los países de región contar con mediciones alternativas al PIB, centradas en lo que tiene valor para las personas: la vida.

Descentrar al PIB no significa desconocer su utilidad sino dar lugar al surgimiento de mediciones y respuestas que integren en el análisis económico y en la toma de decisiones tres variables claves: **el uso del tiempo, los cuidados y el bienestar.**



# I. El escurridizo objeto de la economía: entre la producción y el bienestar

## A. Valor y riqueza: el sesgo androcéntrico de la economía

La discusión en torno a qué actividades crean valor y cuáles lo apropian ha guiado a la ciencia económica desde sus inicios. Preguntarse por la producción de valor y por la acumulación de riqueza es preguntarse al mismo tiempo por el modo en que una sociedad se organiza, produce e intercambia. Es, por ende, preguntarse por las formas que toma el trabajo, la retribución que recibe y el tiempo que se destina a las diversas actividades.

Para entender cómo las distintas teorías del valor evolucionaron durante los últimos siglos, es útil considerar cómo y por qué algunas actividades fueron llamadas productivas y otras improductivas, y cómo esa distinción influenció las ideas sobre qué actores económicos merecen cada cosa o, en otras palabras, cómo se distribuye el valor creado. La distinción entre productivo e improductivo no tiene que ver con mediciones científicas, sino que es parte de argumentos socioeconómicos cambiantes, a veces explícitos, a veces no. La definición de valor es siempre una definición política y refiere a visiones particulares sobre cómo debe construirse una sociedad (Mazzucato, 2018).

La mayor parte de los pensadores que nutrieron las bibliotecas económicas, casi en su totalidad hombres, formularon las preguntas que guiaron sus investigaciones con un sesgo androcéntrico a la hora de definir las actividades productoras de valor.

“La confusión entre precio y valor lleva a considerar que cualquier actividad que pueda intercambiarse por un precio aporta valor al PIB”. Mariana Mazzucato, Economista, University College London, *El valor de las cosas*, 2019.

Cuando el concepto de valor se reduce al *valor económico* y queda determinado únicamente por el precio, las nociones de productivo e improductivo se desdibujan. El análisis de la producción y el intercambio se restringen a sus formas mercantiles y dejan a un lado la relación entre los sistemas económicos y aquellas actividades, recursos y trabajos que, siendo fundamentales para la vida humana, no pasan por el mercado (Picchio, 2001).

Ese sesgo androcéntrico refiere tanto a la naturalización de la división sexual del trabajo a partir de la cual se da por sentada la gratuidad del trabajo doméstico y de cuidados que realizan mayoritariamente las mujeres como a la estructura que identifica la economía con lo monetizado y que etiqueta todo el resto de las actividades como lo “no-económico”, en una escisión muy ligada a la división público/privado-doméstico (Orozco, 2014).

Al desligar la noción de valor de las discusiones sobre lo productivo y lo improductivo, la economía como disciplina se alejó de la posibilidad de considerar valioso aquello que es útil para la satisfacción de necesidades humanas, objetivas y subjetivas, individuales y colectivas. De ese modo, la riqueza, entendida como la acumulación de valor, también se distanció de la noción de bienestar. No es rico quien posee los medios para satisfacer de mejor modo sus necesidades; tampoco quien produce bienes o servicios esenciales. Es rico o posee riqueza quien acumula valor en los términos con los que se mide la creación de valor en la actualidad, es decir, según las reglas establecidas para medir el Producto Interno Bruto (PIB).

A pesar de que el Producto Interno Bruto pretende ser una medida armonizada de la producción, su uso se extendió hasta ser comprendido como una medida de bienestar y el principal indicador económico, aun cuando buena parte de lo que se produce y lo que sostiene la vida de las personas no se contabilice.

El sesgo androcéntrico que recorre la historia y el presente del pensamiento económico ubicó al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado como así también a otras formas del cuidado, como es el cuidado del medioambiente, del lado de las actividades no productoras de valor y, por ende, al margen de la posibilidad de reclamar una parte de la riqueza creada<sup>1</sup>. En este sentido, la centralidad que ha tomado el PIB como indicador para el diseño de política económica pone de manifiesto hasta qué punto se ha dejado de lado la pregunta por el bienestar colectivo y, en particular, por el bienestar de quienes aportan trabajo doméstico y de cuidados sin remuneración.

Para evitar la repetición de los errores en los que se incurre debido al sesgo androcéntrico de la economía, es preciso volver a formular las preguntas sobre la producción de valor, su distribución y cómo éste contribuye al bienestar teniendo en cuenta los aportes de la economía feminista y su llamado a valorar aquellas actividades que sostienen la vida (véase el recuadro 1).

---

<sup>1</sup> La economía neoclásica lo hizo a partir de igualar precio y valor y por ende, naturalizando la no-asignación de un precio al trabajo doméstico no remunerado por parte del mercado. Desde el marxismo, la discusión en torno al trabajo doméstico como productor de valor suscitó distintas relecturas de la obra de Marx. Mientras algunas autoras propusieron tratarlo como parte del trabajo socialmente necesario para producir la mercancía fuerza de trabajo y por ende, como parte determinante del valor luego reflejado en el salario (Secombe, 1974), otras sostuvieron que, aunque el trabajo doméstico no se represente inmediatamente como valor de la fuerza de trabajo, sí lo hace indirectamente como plusvalor. Esta posición fue objetada por quienes sostuvieron que el trabajo doméstico no está sujeto a la ley del valor, dado que no se realiza bajo relaciones capitalistas de producción (Fitzimons y Starosta, 2019). En este sentido, la producción para el autoconsumo (de bienes y servicios) no es entendida como productora de valor (Himmelweit y Mohun, 1977; Arruzza, 2016).

### Recuadro 1

#### La sostenibilidad de la vida: un concepto en construcción

El concepto de sostenibilidad de la vida, utilizado y difundido por economistas feministas (Carrasco, 2001; Picchio, 2001; Orozco, 2006; Esquivel, 2016; Rodríguez y Marzonetto, 2015) constituye al mismo tiempo el núcleo de una agenda de investigación transformadora y una propuesta política. Se trata de una posición que parte de una crítica a la disciplina económica y propone investigar de qué modo los procesos centrados en la acumulación degradan la vida (humana y no humana). Al mismo tiempo, destaca aquellas actividades que la sostienen y protegen mientras apuntan a garantizar condiciones favorables para las mayorías.

En palabras de Cristina Carrasco, quien echó a rodar el término en un artículo titulado *Sostenibilidad de la vida ¿Un asunto de mujeres?* por primera vez en 2001 para luego continuar desarrollándolo en contribuciones posteriores, el objetivo era realizar un aporte al proceso de construcción de un marco general de interpretación de la actividad económica desde distintos enfoques: la economía ecológica, la economía feminista y la economía política (Carrasco, 2017). También en el año 2001, Antonella Picchio escribió *Un enfoque macroeconómico ampliado de las condiciones de vida*, texto que ofició de Conferencia Inaugural de las Jornadas "Tiempos, trabajos y género" realizadas en febrero de 2001 en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona y republicado a instancias del Taller *Internacional Cuentas Nacionales de Salud y Género*, organizado en Octubre de ese mismo año en Santiago de Chile por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Allí la autora utiliza el concepto de sostenibilidad de las vidas personales y comunitarias y propone "ampliar" el concepto de renta para contabilizar también el trabajo no remunerado como un componente de la riqueza. La ausencia de un intercambio mercantil en el caso del trabajo de reproducción social familiar, dice Picchio (2001), ha determinado la invisibilidad de una contribución fundamental a la riqueza social, pero también ha permitido ocultar una parte significativa de los costes de producción.

A lo largo de los últimos años, las reflexiones en torno a la sostenibilidad de la vida desde un enfoque feminista se han nutrido y han alimentado a diversas iniciativas críticas del modelo actual de desarrollo y orientadas a la conquista de mejoras en las condiciones de vida. La economía social y solidaria (Jubeto y Larrañaga Sorriegi, 2012; Fournier, 2020), el ecofeminismo (Herrero, 2012), el planteo del Buen Vivir de comunidades indígenas de la región (León Trujillo, 2012), las investigaciones ancladas en las prácticas de las economías populares y la militancia feminista (Cavallero y Gago, 2020) han trazado diálogos que permiten ubicar en conflictos concretos la defensa de las redes que sostienen la vida: acceso y protección de recursos naturales, soberanía alimentaria, resistencia al extractivismo, demandas en torno a los derechos laborales de los sectores precarizados. "Nos deben una vida", "si nuestras vidas no valen, produzcan sin nosotras", "las vidas negras importan", "hasta que valga le pena vivir", son algunas de las frases que pueden leerse en carteles de movilizaciones feministas y que alimentan cotidianamente los debates en torno al recorte y la valoración de las actividades que sostienen la vida.

Fuente: Elaboración propia.

**Descentrar** los instrumentos con sesgos androcéntricos y una visión limitada, como la que ofrece el PIB, implica hacer lugar para que otras mediciones no ancladas en las lógicas del mercado cobren relevancia para el diseño de políticas y la toma de decisiones.

Es un momento histórico propicio para que los esfuerzos teóricos y prácticos que han impulsado mediciones que consideran el valor social y la riqueza que producen actividades hoy excluidas del PIB cobren protagonismo.

## B. Límites del Producto Interno Bruto para medir la producción y el bienestar

Si bien a nivel teórico existen tantas respuestas como corrientes de pensamiento para trazar la línea entre las actividades que producen valor y aquellas que no lo hacen, desde mitad del siglo XX los países comenzaron a adoptar normas estandarizadas para medir su actividad económica y en particular la riqueza producida, de manera comparable. Fue así como nació el Sistema de Cuentas Nacionales (SCN) y su definición de frontera de la producción (véase el recuadro 2) que marca los límites de las actividades consideradas productivas e integradas al cálculo del Producto Interno Bruto.

**Recuadro 2**  
**La frontera de producción según el SCN 2008**

El SCN incluye dentro de la frontera de la producción toda la producción destinada al mercado para su venta o trueque. Incluye asimismo todos los bienes o servicios suministrados gratuitamente a los hogares individuales, o proporcionados colectivamente a la comunidad por las unidades gubernamentales o las instituciones sin fines de lucro. Cuando los bienes y servicios producidos en la economía se venden mediante transacciones monetarias, su valor se añade automáticamente en las cuentas del SCN. Muchos bienes o servicios no se venden realmente, aunque se suministran a otras unidades; por ejemplo, pueden intercambiarse por otros bienes o servicios o suministrarse gratuitamente como transferencias en especie. El SCN establece que dichos bienes y servicios tienen que incluirse en las cuentas aun cuando su valor tenga que ser estimado. En el caso de las actividades productivas que no se enajenan mediante transacciones monetarias, se realizan estimaciones e imputaciones para poder incorporarlas al PIB.

La frontera de la producción en el SCN es más restringida que la frontera general de la producción. El SCN excluye del concepto de producción a las actividades que realizan los hogares en la producción de servicios para su propio uso, excepto los servicios de viviendas ocupadas por sus propietarios y los servicios producidos empleando personal de servicio doméstico remunerado.

Fuente: Sistema de Cuentas Nacionales 2008, Naciones Unidas.

Desde sus orígenes, el PIB ha sido identificado como un instrumento limitado para la medición de toda la producción de bienes y servicios ya que fue diseñado para medir sólo un segmento de la actividad de la sociedad. Por eso desde aquel entonces se advertía sobre los riesgos de su uso como una medida simplificada de crecimiento económico y aún más de bienestar:

“La valiosa capacidad de la mente humana para simplificar una situación compleja en una caracterización compacta se vuelve peligrosa cuando no se controla en términos de criterios definidos. Especialmente con las mediciones cuantitativas, la definición del resultado sugiere, a menudo de forma engañosa, una precisión y simplicidad en los contornos del objeto medido. Las medidas del ingreso nacional están sujetas a este tipo de ilusión y al abuso resultante, especialmente porque tratan asuntos que son el centro del conflicto de grupos sociales opuestos donde la eficacia de un argumento a menudo depende de la simplificación excesiva” (Kuznets, 1934, págs. 5-6).

Según el propio Sistema de Cuentas Nacionales 2008, el principal problema para delimitar el alcance de las actividades registradas en las cuentas de producción del SCN radica en decidir el tratamiento de las actividades que producen bienes o servicios susceptibles de ser suministrados a otros en el mercado, pero que en realidad son conservados por sus productores para su propio uso. Entre ellas se encuentran una gran variedad de actividades productivas que suceden al interior de los hogares, en particular las siguientes:

- La producción de bienes agropecuarios por empresas de los hogares para su autoconsumo final;
- La producción de otros bienes para su uso final por los propios hogares: la construcción de viviendas, la producción de alimentos y vestidos, etc.;
- La producción de servicios de alojamiento para su autoconsumo final por los propietarios que ocupan sus propias viviendas (autoalquileres);
- La producción de servicios domésticos y personales para su consumo dentro del mismo hogar: preparación de comidas, cuidado y educación de los hijos, limpieza, reparaciones, etc. (Naciones Unidas, 2009, págs. 7).

Mientras por convención se decidió incorporar las primeras tres actividades de la lista dentro de la frontera de producción del SCN, la producción de servicios domésticos y personales para su consumo dentro del mismo hogar se mantuvo por fuera (aunque dentro de la frontera general de la producción). La principal razón, esgrimida por el propio SCN, es evitar sobrecargar el Sistema de Cuentas Nacionales con **valores no monetarios** (Naciones Unidas, 2009).

El propio SCN asume que, en la práctica, “no registra todas las producciones, ya que se omiten los servicios domésticos y personales producidos y consumidos por los miembros del mismo hogar. **Con esta única gran excepción, el PIB aspira a ser una medición completa del valor agregado bruto total producido por todas las unidades institucionales residentes**” (Naciones Unidas, 2009, pág. 67).

El motivo para incorporar a la frontera de producción el servicio de autoalquileres tiene que ver con la necesidad de poder comparar entre países y a lo largo del tiempo la diferencia en la proporción de viviendas ocupadas por sus dueños y las viviendas alquiladas (Naciones Unidas, 2009). Este argumento es igualmente válido para otro servicio que, en cambio, decide dejarse por fuera: la producción de servicios domésticos y personales para su consumo dentro del mismo hogar. Mientras se considera que el primero tiene un impacto en la política económica, se argumenta que el segundo no lo tendría:

“Con excepción de los alquileres imputados de viviendas ocupadas por sus propietarios, la decisión de producir servicios para autoconsumo no está influenciada por, y no incide en la política económica, porque los valores imputados no son equivalentes a los valores monetarios. Los cambios en los niveles de servicios producidos por el hogar, no afectan la recaudación de impuestos de la economía o el nivel del tipo de cambio, por dar dos ejemplos” (Naciones Unidas, 2009; pág. 113).

La paradoja de la frontera de la producción se debe a que, la ampliación para considerar transacciones no monetarias y poder dar cuenta de una manera más precisa de las actividades productivas, luego choca con la exclusión de actividades cuya consideración se descarta por complicaciones prácticas:

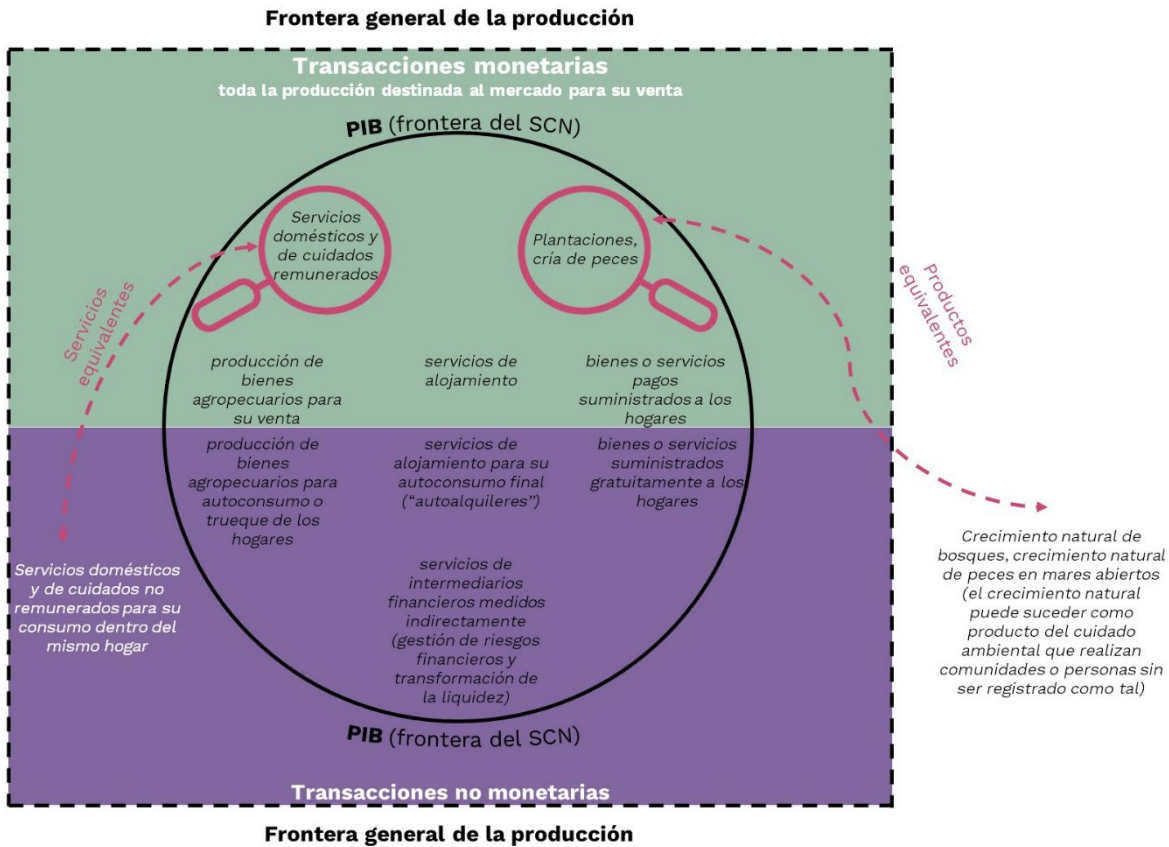
“Si se ampliara la frontera de la producción de tal forma que incluyese la producción de servicios personales y domésticos por miembros de los hogares para su autoconsumo final, todas las personas dedicadas a esas actividades se convertirían en autoempleados, con lo que el desempleo sería, por definición, virtualmente imposible. Esto explica la necesidad de limitar la frontera de la producción en el SCN, y en otros sistemas estadísticos conexos, a las actividades de mercado o a aquellas otras que son sustitutas bastante cercanas de las mismas” (Naciones Unidas 2009; pág. 7).

Tal como puede verse en el diagrama 1, existen toda una serie de transacciones que, a pesar de ser no monetarias forman parte del PIB. Incluso algunas de ellas con un peso importante, como es el caso de los servicios de autoalquileres y los servicios de intermediarios financieros que se miden indirectamente. Las transacciones no monetarias son aquellas que no se expresan inicialmente en unidades de dinero. Para incorporarlas es necesario realizar estimaciones e imputaciones. En el SCN sus asientos contables representan valores que se miden indirectamente o que se estiman por otro procedimiento. En algunos casos las transacciones pueden ser efectivas, por lo que es preciso calcular un valor para registrarlas en las cuentas; el trueque es claramente un ejemplo de transacción de este tipo. En otros casos es preciso construir la transacción completa, estimando a continuación su valor<sup>2</sup> (Naciones Unidas, 2009; pags 53). Los valores que se estiman a esos bienes o servicios se determinan sobre la base de los precios básicos corrientes de los bienes o servicios análogos vendidos en el mercado, o bien por los costos de producción cuando no se dispone de los precios adecuados.

---

<sup>2</sup> En el pasado, la estimación de un valor solía recibir el nombre de imputación; sin embargo, resulta preferible reservar este término para aquella situación que comporta no solo la estimación de un valor, sino también la construcción de la propia transacción (Naciones Unidas 2009; pag 53).

**Diagrama 1**  
**Paradojas de las actividades consideradas dentro y fuera del PIB**



Fuente: Elaboración propia, sobre la base del SCN 2008.

El modo en que se construye la frontera de la producción no sólo excluye actividades consideradas productivas en los propios términos del SCN, sino que lleva a paradojas irresolubles entre crecimiento económico y bienestar: puede mostrar buenos resultados al mismo tiempo que se degradan las condiciones de vida de las personas y se daña el medioambiente, incluso afectando las posibilidades de crecimiento futuro. Por ejemplo, si existen una gran cantidad de personas con problemas de salud y se les brindan servicios médicos, eso hará crecer el PIB. Sin embargo, actividades que contribuyen a mantener una vida sana no necesariamente estarán contabilizadas (Heintz, 2019). De particular preocupación es que la medición del PIB no considera el impacto del agotamiento de los recursos naturales más rápido de lo que pueden renovarse, ni la degradación de los ecosistemas que puede incluso afectar la actividad económica en el corto plazo (véase el recuadro 3).

Tanto la definición de la frontera de la producción como la subestimación de ciertas actividades reflejan el sesgo androcéntrico detrás de la poca valorización del aporte de las mujeres y también el sesgo antropocéntrico al no incluir el cuidado del planeta. Al mismo tiempo, se sobrestiman actividades que comprometen, al decir de la economía feminista, **la sostenibilidad de la vida**.

### Recuadro 3

#### La contabilidad de la naturaleza: capital natural y cuentas ecosistémicas y ambientales

Las cuentas nacionales no reconocen los beneficios y valores de la naturaleza cuando estos no son capturados o medidos por los mercados. Para saldar esa ausencia, las cuentas ecosistémicas y ambientales proponen medir la riqueza que aporta a un país el *capital natural*<sup>a</sup>. Se considera capital natural a los activos de la naturaleza (entorno biofísico de la Tierra) que brindan beneficios presentes y futuros para el bienestar humano. Esto incluye a todos los recursos que pueden ser reconocibles y medibles, tales como: minerales, energía, madera, tierra agrícola, recursos pesqueros, agua, entre otros; cuya medición puede efectuarse tanto en términos físicos como en términos monetarios (Naciones Unidas et al, 2014, WAVES-BM, 2015b citado en Carvajal, 2017, pag15). El capital natural brinda también servicios ecosistémicos, que generalmente suelen ser “invisibles”, tanto para, el análisis económico como para la mayoría de las personas, como por ejemplo la regulación del clima, la purificación del aire, la provisión de agua, el almacenamiento de carbono, y otros.

La Contabilidad del Capital Natural (mediante el marco metodológico del Sistema de Contabilidad Ambiental y Económica), se propone contabilizar los activos naturales, el agua, la energía, los minerales, para luego calcular el impacto que la actividad económica y las decisiones de política pública tendrán en los ecosistemas. El aporte de la contabilidad ambiental pretende que la destrucción de la naturaleza deje de contabilizarse como aumento de la riqueza (Naciones Unidas, 2020).

Fuente: Elaboración propia sobre la base de Sistema de Contabilidad Ambiental y Económica (SCAE).

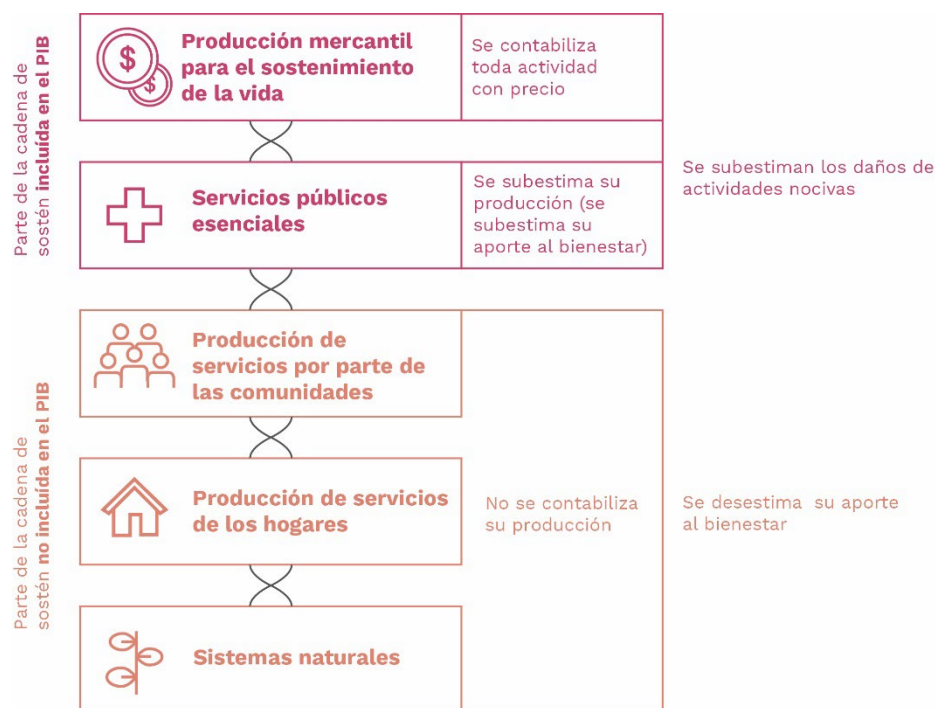
<sup>a</sup> A lo largo de las últimas dos décadas la terminología que es utilizada alrededor de la contabilidad de la naturaleza varía entre agencias, organismos internacionales y países. Por ejemplo, los términos de capital natural, recursos naturales y activos ambientales son usualmente intercambiables con el mismo significado, pero en contextos diferentes no suelen ser lo mismo. De manera parecida, los servicios ecosistémicos son definidos por algunas agencias de diferentes formas (Carvajal 2017, pág 16). La noción de capital natural ha sufrido críticas por reducir la naturaleza al status de una mercancía intercambiable por su valor de cambio. Al igual que los cuestionamientos a la economía verde, estas lecturas advierten que la fijación de precios, la valoración, la monetización y la financiarización asociada a la noción de capital natural no necesariamente conducen a decisiones que protegen el medioambiente (Bidegain y Nayar, 2012). Otra de las críticas al capital natural es la lógica de sustitución que propone. Es decir, en términos contables, la destrucción de un ecosistema podría subsanarse con inversión de otro tipo. Al asumir la conmensurabilidad, se crea un falso sentido de equivalencia entre distintos aspectos de la naturaleza (Williams, 2020).

“El PIB invisibiliza el trabajo no remunerado de las mujeres. La economía sigue progresando por el trabajo gratuito de las mujeres. Esa invisibilidad es la que tenemos que combatir. Y romper el silencio estadístico”. Alicia Bárcena, Secretaria Ejecutiva de CEPAL. Seminario Internacional: Igualdad de Género y Constitución, Santiago de Chile 2021.

Al colocar en el centro la sostenibilidad de la vida, las críticas al PIB no sólo tienen que ver con la falta de valorización del trabajo doméstico y de cuidados y sus consecuencias, sino que también emerge la manera en la que se ignoran las actividades de cuidado de la naturaleza y la subestimación de otros bienes intangibles y sin precio, aun cuando se encuentran al interior de la frontera de producción (véase el diagrama 2).

Sobre esto último, cabe mencionar, por ejemplo, el modo en que se valúan los servicios que no tienen un precio individual. En el caso de servicios públicos como la educación y la salud, las mediciones que se incluyen en el PIB se basan en los gastos realizados para producirlas (número de médicos, por ejemplo) más que en los resultados reales producidos (como el número de prestaciones sanitarias dispensadas). La producción de servicios supuestamente ha de seguir la misma evolución que los gastos necesarios para producirla y, por tanto, la evolución de la productividad en la prestación de dichos servicios se ignora. En caso de evolución positiva (o negativa) de la productividad del sector público, las mediciones subestiman (o sobrevaloran) el crecimiento de la economía y de los ingresos reales (Stiglitz, Sen, Fitoussi, 2009).

**Diagrama 2**  
**La producción esencial para la vida y su relación con el PIB**



Fuente: Elaboración propia sobre la base de *Apuntes para una vida sostenible* (Carrasco y Tello, 2013).

Por cada producto registrado, el SCN debe contabilizar al mismo tiempo los ingresos que éste genera y el gasto en consumo asociado. Esto implica que, para las instituciones que producen sin fines de lucro, es decir, que no generan ganancias, aún cuando el producto generado fuese el mismo, si se lo compara con un homólogo producido de manera privada, éste último aportaría más al PIB ya que, por el lado de los ingresos, computa no sólo salarios sino también ganancias. Entre dos universidades, una pública y una privada, con la misma cantidad de docentes e iguales salarios, aunque la primera forme gratuitamente al doble de profesionales, la segunda aportará más al PIB si por el cobro de aranceles realiza una ganancia. Lo mismo puede decirse de otros servicios públicos que, de ser privatizados, podrían aportar más al PIB, sin importar el efecto en la distribución del ingreso y el bienestar de la población. En este caso el crecimiento del producto podría estar acompañado de un impacto especialmente negativo para las mujeres. Por un lado, un efecto distributivo negativo empeora las condiciones de vida de quienes ya están sobrerrepresentadas en las tasas de pobreza (CEPAL, 2022). Por otro, la reducción de servicios públicos impacta particularmente a quienes destinan más tiempo al trabajo doméstico y de cuidados empeorando su ya injusta distribución (Elson, 2002; Elson y Rodríguez, 2021). Durante la pandemia, distintas encuestas evidenciaron cómo ante el cierre de escuelas e instituciones que brindan servicios de cuidado, aumentó el trabajo no remunerado de las mujeres al interior de los hogares (CEPAL, 2022)<sup>3</sup>. El acceso a los servicios públicos incide en la capacidad y oportunidad de generar recursos propios y, por ende, es un elemento fundamental para la autonomía económica de las mujeres.

<sup>3</sup> La oficina regional para América Latina y el Caribe de la Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad de Género y el Empoderamiento de las Mujeres (ONU-Mujeres) llevó adelante encuestas de evaluación rápida de género en Chile, Colombia y México durante el segundo semestre de 2020 para conocer el impacto del COVID-19. Los resultados indican que el tiempo dedicado a la alimentación, la limpieza y el juego con niñas y niños se ha incrementado en una mayor proporción entre las mujeres respecto de los hombres, y que la diferencia porcentual es de 8,4 puntos, en promedio. En particular, se destaca el aumento de las tareas de enseñanza y capacitación a niñas y niños que debieron enfrentar las mujeres con niños, niñas y adolescentes a cargo en el marco del cierre de establecimientos escolares (CEPAL 2022, p213).



A pesar de estar dentro de la frontera de producción, los bienes producidos para el autoconsumo —se incluyen granos, vegetales, leche, agua y leña recolectada para el consumo personal— no siempre se incorporan al cálculo de PIB y casi ningún país hace un trabajo de estimación adecuado. Esa producción suele ser mayor en los países de ingresos bajos. A modo de ejemplo, dentro de la producción de bienes para autoconsumo no considerados, se encuentra un bien con probados beneficios para la salud de las y los niños como es el caso de la leche materna. Incluso cuando por definición podría formar parte de la frontera de producción y su valuación es relativamente fácil de calcular, se omite. En términos de medición, el aumento de compras de leche fórmula incrementan el PIB, incluso cuando desplazan a la alternativa nutricional superior (Folbre, 2015).

En los últimos años se ha subrayado, desde distintos ámbitos, las limitaciones del PIB y las implicancias de su uso como indicador de desarrollo económico, al margen de la distribución del ingreso y de otras medidas para evaluar y mejorar las condiciones de vida de la población (CEPAL, 2020a; Naciones Unidas, 2020; Stiglitz, Sen, Fitoussi 2009; OCDE, 2020; Mazzucato, 2018). A pesar de estos señalamientos y de las transformaciones en las formas de producción, consumo y distribución de bienes y servicios, el PIB no ha dejado de ser el indicador más utilizado.

“Es hora de corregir una falla mayúscula en la manera en que medimos la prosperidad económica y el progreso. Cuando las ganancias se obtienen a expensas de las personas y de nuestro planeta, nos quedamos con un panorama incompleto del verdadero costo del crecimiento económico. Tal como se mide ahora, el producto interno bruto (PIB) no refleja la destrucción humana y ambiental que generan algunas actividades empresariales”.  
António Guterres, Secretario General de Naciones Unidas, Nuestra agenda común.

Durante más de setenta años, el crecimiento económico ha sido el objetivo principal de la política económica y la principal medida del éxito de una economía. Durante gran parte de este período, el aumento del ingreso nacional coincidió con un aumento de los ingresos familiares y, con ellos, del nivel de vida promedio. En la mayoría de los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), hasta la década de 1980, el crecimiento económico aumentó los niveles de empleo, redujo las tasas de pobreza y proporcionó ingresos fiscales para financiar un más alto gasto en servicios públicos. Así es como el crecimiento económico estuvo acompañado por la caída de la desigualdad (OCDE, 2020). Hoy esa relación no es unívoca: el crecimiento económico continúa generando un mayor ingreso nacional, pero al mismo tiempo los patrones dominantes de crecimiento en los países durante las últimas décadas han propiciado la concentración de la riqueza y el aumento de la desigualdad global.

En América Latina y el Caribe, a pesar del crecimiento económico, la participación de los salarios en el ingreso se ubica en un nivel bajo tanto en términos históricos como en la comparación internacional (Velázquez Orihuela, 2021). Por otra parte, entre 2002 y 2015, las fortunas de los multimillonarios de América Latina crecieron en promedio un 21% anual, es decir, un aumento seis veces superior al del PIB de la región (CEPAL/OXFAM, 2016).

En 2020, el impacto de la pandemia generó la mayor contracción del PIB de los últimos 100 años, una caída del empleo no vista en las últimas siete décadas (CEPAL, 2021c) y agudizó la desigualdad que ya existía tanto entre países como en cada uno de ellos. En un contexto de crisis en que se perdieron más de 140 millones de empleos a nivel mundial, la riqueza global aumentó un 7,4% debido al crecimiento de los mercados bursátiles, la apreciación del sector inmobiliario, las bajas tasas de interés y los ahorros imprevistos como consecuencia del confinamiento (CEPAL, 2021c). No obstante, el aumento de la riqueza no fue uniforme: mientras que creció un 12,4% en Canadá y los Estados Unidos, un 9,2% en Europa y un 4,4% en China, en la India se redujo un 4,4% y en América Latina y el Caribe cayó un 11,4%. Así, siguiendo el patrón histórico, el 1% de las personas más ricas concentraron cerca del 50% de la riqueza mundial (CEPAL, 2021c; págs. 31).

El ingreso per cápita como medida de desarrollo en las economías tiene las siguientes limitantes: i) al tratarse de un promedio no refleja las disparidades internas de los países relacionadas con la distribución del ingreso; ii) es un indicador netamente monetario, por lo que no toma en cuenta otros factores que intervienen en la definición de los niveles de desarrollo de las economías, como la educación, la salud, la calidad de la vivienda y de la infraestructura, entre otros (Gaudin y Pereyón Noguez, 2020, pág. 29).

Luego de la crisis financiera que sacudió al mundo en 2008, el gobierno de Francia encomendó en 2009 la creación de una comisión para determinar los límites del PIB como indicador de los resultados económicos y del progreso social. El informe que surgió de la Comisión sobre la Medición del Desarrollo Económico y del Progreso Social señalaba que lo que se mide tiene una incidencia en lo que se hace: pero si las mediciones son defectuosas, las decisiones pueden ser inadaptadas. Los autores destacaban que, al utilizar al PIB como medida para evaluar el desarrollo económico, las decisiones de política pueden no sólo afectar el bienestar presente sino también su sustentabilidad futura, es decir, su capacidad para mantenerse a lo largo del tiempo. El bienestar presente depende a la par de recursos económicos como los ingresos y de características no económicas de la vida de las personas: lo que hacen y lo que pueden hacer, la valoración de su vida, su entorno natural. Entre sus conclusiones, la Comisión recomendaba incluir los servicios domésticos no remunerados como ingresos de los hogares y adoptar en términos generales una perspectiva más orientada a los hogares para medir el progreso socioeconómico. En 2011, el Parlamento Europeo adoptó una resolución titulada *PIB y más allá: medir el progreso en un mundo cambiante* que apoyó las conclusiones de la Comisión y destacó la necesidad de desarrollar indicadores claros para medir el progreso económico y social en el mediano y largo plazo.

En los años siguientes surgieron iniciativas con diferentes enfoques conceptuales bajo la propuesta de ir *más allá del PIB*. Por su parte, el Banco Mundial (2011) puso énfasis en la necesidad de medir el desarrollo como un proceso de creación de riqueza entendida en términos de capital: capital natural, humano e institucional. Como hallazgo, señalaban que lo que domina la riqueza en todos los países es la riqueza intangible: el capital humano e institucional.

En *Beyond Growth: Towards a New Economic Approach* (OCDE, 2020) el organismo postula que es urgente abandonar la ortodoxia económica que priorizó el crecimiento por sobre otros indicadores. Para ello hace falta construir una nueva concepción del progreso económico y social: una comprensión más profunda de la relación entre el crecimiento, el bienestar humano, la reducción de las desigualdades y el medio ambiente, que permita la formulación de políticas económicas y políticas de sostenibilidad.

Por su parte, dado el contexto de aumento de la desigualdad entre personas, pero también entre países, la CEPAL ha propuesto avanzar en la caracterización de brechas estructurales que reconozcan las heterogeneidades económico-productivas, sociales y políticas que caracterizan a los distintos países de América Latina y el Caribe (CEPAL, 2016a y 2016b). En años recientes, por ejemplo, se han observado dificultades para atraer financiamiento de la cooperación internacional, bajo el argumento de que la región está conformada en su gran mayoría por países de renta media. Esta decisión se basa en que el nivel de ingreso per cápita puede ser un criterio apropiado de asignación de los flujos financieros de la asistencia oficial para el desarrollo (AOD), lo que ha implicado que se homogenicen las diferencias de tamaño, desarrollo productivo, productividad, infraestructura y acceso a servicios sociales, entre otros aspectos que presentan los países de la región otros (Gaudin y Pereyón Noguez, 2020, págs. 29).

En 2015, los 193 Estados miembros de las Naciones Unidas acordaron la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible. Allí plantean que los desafíos económicos, sociales y ambientales deben abordarse sinérgicamente y se comprometen a lograr el desarrollo en esas tres dimensiones de forma equilibrada e integrada. Es un compromiso universal adquirido tanto por países desarrollados como en desarrollo, en el marco de una alianza mundial. En la declaración, los Estados reconocen que la erradicación de la pobreza en todas sus formas y dimensiones, incluida la pobreza extrema, es el mayor

desafío a que se enfrenta el mundo y que constituye un requisito indispensable para el desarrollo sostenible. Para fortalecer los medios de implementación postulan que es necesario “aprovechar las iniciativas existentes para elaborar indicadores que permitan medir los progresos en materia de desarrollo sostenible y complementen el producto interno bruto, y apoyar la creación de capacidad estadística en los países en desarrollo” (Meta 17.19) (Naciones Unidas, 2015).

Más recientemente, el Secretario General de la Naciones Unidas, presenta *Nuestra Agenda Común*, una agenda de acción para reforzar y acelerar los acuerdos multilaterales, en particular la Agenda 2030. Busca transformar la vida de las personas e incluye entre sus recomendaciones para llegar a un nuevo contrato social basado en los derechos humanos, la medición y valoración de las cosas de importancia para las personas y el planeta. Señala que urge encontrar medidas complementarias al PIB, y aprovechar algunos esfuerzos ya existentes (véase el recuadro 4), así como dar especial atención a la economía informal y de cuidado (Naciones Unidas, 2021). En ese informe también se refuerza el llamado de atención sobre las consecuencias de que el PIB sea el indicador económico predilecto para la toma de decisiones. Se menciona en particular, tal como se señalara para América Latina y el Caribe (Gaudin y Pereyón Noguez, 2020) el problema de que los mandatos e inversiones de las instituciones financieras internacionales y los bancos de desarrollo multilaterales y nacionales se basen en el crecimiento económico.

#### Recuadro 4

##### Algunos esfuerzos por medir el bienestar

Si bien existe una correlación entre la calidad de vida de la población y el PIB per cápita, el PIB no tiene por objetivo medir el bienestar y, por tanto, es errado utilizarlo con tales fines. Para saldar esa falencia, han surgido distintos índices que, a grandes rasgos, podrían agruparse en dos tipos: los objetivos, basados en indicadores observables y los subjetivos, que buscan captar la percepción de los individuos sobre su propio bienestar. Dentro de los primeros, se encuentran los indicadores que buscan complementar al PIB (como las cuentas satélite), los que presentan agregados de varias dimensiones (como el índice de Desarrollo Humano (IDH) o los índices de pobreza multidimensional) o aquellos que miden distintas dimensiones complementarias entre sí (como los indicadores acordados para medir el logro de los ODS).

De los indicadores objetivos, el más difundido es el Índice de Desarrollo Humano (IDH), creado por el Programa de las Naciones Unidas (PNUD). Desde su primera publicación se ha convertido en referencia mundial del desempeño de los países en materia de desarrollo. El IDH se construye a partir de tres dimensiones: esperanza de vida, logros educacionales e ingresos. A partir del 2010 se introdujo el IDH ajustado por la desigualdad (IDHD) en la distribución de los logros de las tres dimensiones. La diferencia entre el IDH y el IDHD representa la pérdida o la ganancia en el desarrollo debido a la desigualdad en la salud, la educación y los ingresos. El Índice de Desarrollo Inclusivo, creado por la iniciativa del Foro Económico Mundial en 2017, busca superar falencias del PIB a partir de incluir indicadores de equidad y sostenibilidad, como el índice de Gini y la intensidad de las emisiones de carbono. En ambos casos, sin embargo, el PIB resulta un insumo esencial para la construcción del índice.

En 2010, la Oxford Poverty and Human Development Initiative (OPHI) de la Universidad de Oxford y la Oficina del Informe sobre Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), que elabora los Informes sobre Desarrollo Humano, publicaron por primera vez el Índice de Pobreza Multidimensional (IPM). El IPM global analiza las privaciones que experimenta cada persona en 10 indicadores que engloban tres dimensiones a las que se asigna un peso idéntico: salud, educación y nivel de vida. El procedimiento consiste en: i) seleccionar las dimensiones e indicadores y ponderarlos; ii) fijar el umbral de pobreza multidimensional ( $k$ ) o la proporción de privaciones (ponderadas) que una persona debe evidenciar para ser identificada como pobre, y iii) calcular el puntaje de privación de cada persona y determinar, según el contraste entre su puntaje y el valor de  $k$ , si es pobre o no en términos multidimensionales. En 2014, la CEPAL, como producto de una colaboración con OPHI, presenta los resultados de la aplicación de un índice multidimensional de pobreza en 17 países de América Latina. Este índice amplía la mirada del bienestar más allá de la satisfacción de necesidades básicas y considera privaciones en el ámbito del empleo y la protección social (CEPAL, 2015). En la actualidad CEPAL está preparando un índice de privaciones múltiples, que analiza las privaciones a nivel individual y no del hogar y avanza en incorporar indicadores relevantes para analizar la situación de las mujeres con relación a las dimensiones de empleo y protección social.

Aprobada por los Estados miembros las Naciones Unidas en 2015, la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible plantea un plan de acción para lograr el bienestar físico, mental y social de las personas y la protección del planeta. Al entender el desarrollo, al igual que la pobreza, como un concepto multidimensional, se plantea la necesidad de abordarlo en tres dimensiones: social, medioambiental y económica, agrupadas dentro de 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) y 169 metas. El Grupo Interinstitucional y de Expertos sobre los Indicadores de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (IAEG-SDGs), compuesto por los Estados miembros y organismos regionales e internacionales en calidad de observadores, entre ellos CEPAL, lidera el proceso de construcción y revisión de indicadores para cada uno de los 17 objetivos. Siempre que fuera pertinente, los indicadores deberían desglosarse por ingresos, sexo, edad, raza, origen étnico, estatus migratorio, discapacidad y ubicación geográfica y otras características. A diferencia de índices como el IDH, los indicadores de seguimiento de los ODS no generan un ranking de países, sino que pretenden abonar a un consenso global sobre las prioridades del desarrollo.

Los indicadores subjetivos son aquellos que se basan en la percepción de los individuos sobre su propio bienestar. Ryan y Deci (2001) proponen clasificarlos en dos tradiciones: una que aborda la felicidad (tradicción hedónica) y otra que apunta al potencial humano (tradicción de eudamonia). Keyes, Ryff y Shmotkin (2002) denominan a la primera como el enfoque del bienestar subjetivo y a la segunda como el enfoque del bienestar psicológico (Villatoro, 2012, p 24). Los métodos más empleados para obtener información al respecto son las entrevistas y cuestionarios, aplicados a través de encuestas, mediante las cuales se solicitan reportes de carácter retrospectivo y se pregunta por los niveles de satisfacción con la propia vida o por la felicidad. Una sociedad con un alto nivel de bienestar subjetivo podría carecer de un bien esencial como la justicia (Villatoro, 2012) o la igualdad de género. Por eso, el bienestar subjetivo puede pensarse como una condición necesaria pero no suficiente. Las medidas de bienestar subjetivo pueden ser útiles para captar lo que el PIB subestima, por ejemplo, la evaluación de bienes públicos como centros de salud, la infraestructura deportiva y de recreación y la dotación de áreas verdes.

Del mismo modo que ocurre con los conceptos de valor y riqueza, la definición de bienestar está sujeta a consideraciones filosóficas que se plasman en decisiones políticas. Que el PIB per cápita pueda ser considerado aún una medida de bienestar o continúe siendo el principal insumo de otros índices que buscan superarlo, tiene que ver con la asociación directa entre ingresos, consumo y bienestar. Al incorporar dimensiones como el tiempo y los cuidados, esa asociación muestra sus límites.

Fuente: Elaboración propia.

Una mayor conciencia sobre las consecuencias tanto de la degradación ambiental como de la invisibilización del trabajo doméstico y de cuidados para la vida de las mujeres y niñas, ha llevado a la necesidad de acelerar la búsqueda de mediciones alternativas. Sin embargo, tal como postula el Consejo de la OMS *Health for all*, persiste una patológica obsesión por el PIB derivada del problema de confundir precio con valor. Se trata de una medida inapropiada de progreso que recompensa perversamente las actividades generadoras de ganancias que dañan a las personas y destruyen los ecosistemas, socavando lo que las personas realmente valoran (OMS, 2022).

## II. Sin cuidados no hay bienestar (ni economía)

### A. Trabajo doméstico y de cuidados: hogares, comunidad, planeta

Si bien existen corrientes dentro de la economía feminista que parten de puntos epistémicos diversos, todas ellas coinciden con la necesidad de poner de relieve la importancia del trabajo doméstico y de cuidados. Al desplazar el eje analítico desde los procesos de valorización de capital hacia los de sostenibilidad de la vida, proponen pensar los cuidados como un elemento central. De este modo, se saca a la luz que la vida es vulnerable (si no se cuida, no hay vida) e interdependiente (la única forma de cuidarnos es junto al resto). La economía no se ve como el sumatorio de acciones individuales de sujetos autosuficientes, sino como una red de interdependencia. La labor de la teoría económica es entender cómo funciona esa red y qué conflictos la atraviesan (Perez Orozco y Agenjo Calderón, 2018).

La falta de reconocimiento del valor económico del trabajo no remunerado equivale a considerar como “no productoras”, “inactivas”, “no ocupadas” y fuera del ciclo económico a las personas que dedican su tiempo a la producción de servicios para el hogar, incluidos el cuidado de otros, sin percibir por ello remuneración (Gómez, 2010). A diferencia de numerosas corrientes heterodoxas que, al igual que la economía ortodoxa, usan la frontera mercantil para definir lo económico y reducen la noción de trabajo al trabajo remunerado, la economía feminista considera trabajo a todas las actividades humanas que sostienen la vida, no sólo aquellas que se realizan a cambio de remuneración o beneficios económicos. Desde esta perspectiva, economía son todos los procesos de generación y distribución de recursos que permiten satisfacer las necesidades de las personas y generar bienestar, pasen o no por los mercados.

Al reconocer a las tareas domésticas y de cuidados como trabajo, se las emparenta con su versión remunerada y se rompe la idea de que su organización pertenece al dominio de lo privado. Eso permite pensar que su distribución y la forma en la que se realiza es un tema de interés social. La manera en la que se lo define habilita su jerarquización y la necesidad de contar con información estadística al respecto. El hecho de que en la 18ª Conferencia Internacional de Estudios del Trabajo (Ginebra, 2008) se reconozca como tiempo de trabajo al trabajo destinado a actividades tanto dentro como fuera del del Sistema de Cuentas Nacionales (OIT, 2008), dio paso a que se incorpore a las mediciones del trabajo

el tiempo destinado a la producción de servicios domésticos en los hogares. El aumento de la demanda de información sobre el trabajo no remunerado fue un motor de los cambios fundamentales introducidos en la 19ª CIET (Ginebra, 2013). Allí se definieron cinco formas de trabajo: el trabajo de producción para el autoconsumo de bienes y servicios, el trabajo en la ocupación, el trabajo en formación no remunerado, el trabajo voluntario hecho para terceros y otras actividades productivas (OIT, 2013). En la 20ª CIET (Ginebra, 2018) se profundizó en cuestiones referidas al valor económico del trabajo no remunerado en la economía y se enfatizó sobre la “necesidad de dar visibilidad a los trabajadores que son invisibles en las estadísticas como, por ejemplo, las mujeres que realizan trabajo doméstico no remunerado o los voluntarios como los trabajadores sociales o los trabajadores del sector del cuidado” (OIT, 2018).

Si bien las estadísticas laborales llamaron trabajo a las actividades domésticas y de cuidados no remuneradas recién entrado el siglo XXI, los movimientos feministas y los estudios de género lo hicieron desde los años setenta, cuando tuvo lugar un prolífico debate sobre el aporte social de este trabajo y la necesidad de su redistribución (véase el recuadro 5).

#### Recuadro 5

##### De las tareas del hogar al trabajo doméstico y de cuidados: mucho más que una cuestión semántica

A inicios de la década del setenta tuvo lugar lo que se conoció como *el debate sobre el trabajo doméstico* a partir del cual las tareas del hogar fueron cuestionadas en tanto inherentes a las mujeres en su calidad de esposa o madre. A dicho mandato social, comenzó a oponérsele el reconocimiento de estas labores como un trabajo doméstico no remunerado (Belucci y Theumer, 2019).

Si bien las exponentes más conocidas fueron feministas de Europa y Estados Unidos (Benston, 1969; Dalla Costa y James, 1973; Federici, 2017), el debate tuvo un aporte pionero surgido en La Habana, Cuba, a inicios de 1969. Allí Isabel Larguía y John Demoulin comenzaron a difundir su primer manuscrito titulado “Por un feminismo científico” con el cual introdujeron la categoría de trabajo invisible para indicar el aporte a la reproducción de la vida humana por parte de las mujeres, y plantearon la necesidad de socializar el trabajo doméstico (González, 2013: 51 y 52, citado en Belucci y Theumer, 2019). En esa misma ciudad, ocho años después, estos debates estarían presentes en la primera Conferencia Regional sobre la Integración de la Mujer en el Desarrollo Económico y Social de América Latina y el Caribe (que luego se convertiría en la Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe). A pesar de su escaso reconocimiento en la academia contemporánea, Larguía y Demoulin empujaron los límites del pensamiento marxista y feminista de la época, del cual provenían la mayor parte de las reflexiones en torno al carácter opresivo del trabajo doméstico. Volver decible la cuestión del “trabajo invisible” suponía no tanto una afirmación en ese campo del conocimiento como una auténtica conmoción epistemológica-política (Belucci y Theumer, 2019).

Al argumentar que tales actividades domésticas constituían una forma de trabajo, tres diferentes aspectos de éste estaban siendo invocados, cada uno de ellos con sus propias implicaciones para la posición del trabajo de las mujeres en el hogar. Primero, el trabajo tomaba tiempo y energía para un propósito y por lo tanto poseía un costo de sustitución en términos de qué otra cosa se podía hacer en vez de ello; por lo que las mujeres que realizaban el trabajo del hogar estaban en desventaja por el hecho de tener su tiempo y energía ocupados de esta manera. Segundo, el trabajo formaba parte de una división del trabajo; las mujeres que realizaban el trabajo del hogar contribuían, por lo tanto, a la división del trabajo lo mismo en el hogar que en el nivel de la sociedad. Tercero, el trabajo era separable del trabajador y podía ser realizado por otros; no había ninguna razón inherente por la que las mujeres tuvieran que realizar todo el trabajo del hogar: los hombres también podían y debían efectuar la parte de éste que les correspondía (Himmelweit, 1995, pág 256).

El creciente reemplazo de las formas menos personales de trabajo doméstico por mercancías llevó a diversas autoras a focalizar su interés en el cuidado de niños y ancianos, postulando a ésta como la razón principal por las cuales las mujeres reducían su tiempo de trabajo remunerado (Hochschild, 1989; Bittman, 1999). Sobre todo en los países de ingresos altos, se dio una mayor especialización entre quienes realizan trabajo remunerado de cuidados de personas y quienes realizan trabajo remunerado vinculado a tareas domésticas impersonales que llevó a diferenciar las tareas también cuando se realizan sin remuneración. Al mismo tiempo, dio lugar a la caracterización de una crisis de los cuidados (dada por el envejecimiento poblacional y la menor disponibilidad de tiempo de las mujeres para cuidar) y a un mayor interés por abordar la dimensión afectiva como una dimensión clave (Hochschild, 2001; Colectivo Precarias a la deriva, 2004).

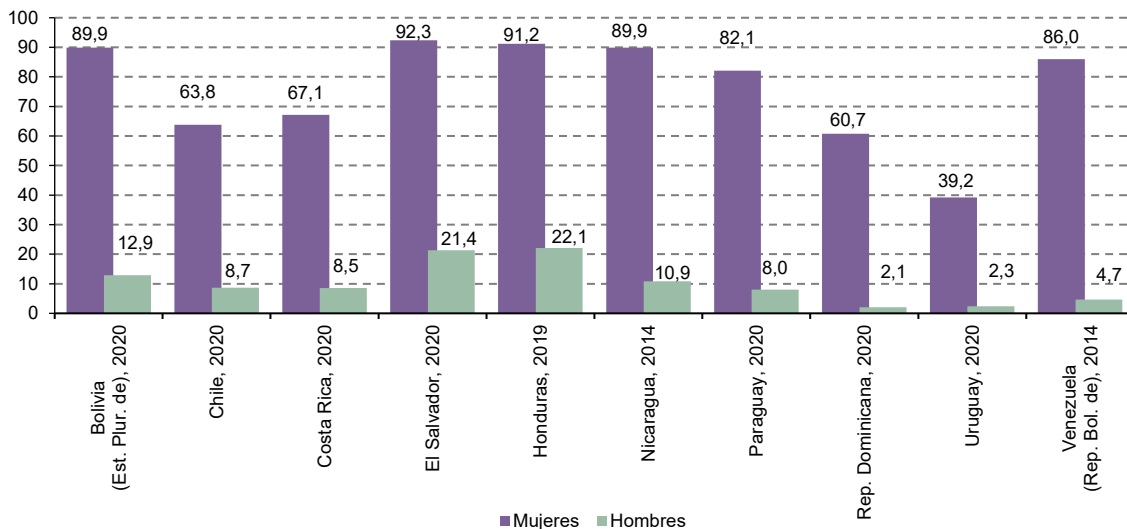
Si *doméstico* enfatiza que se trata de un trabajo que tiene lugar al interior de los hogares, *cuidado* permite ampliar la referencia a otros espacios. Desde este punto de vista, las tareas domésticas (la limpieza de la casa, la compra y preparación de alimentos) aparecen como una precondition para los cuidados (que incluyen el autocuidado, el cuidado directo de otras personas y la gestión del cuidado) (Rodríguez y Marzonetto, 2015).

El carácter polisémico del cuidado permite referirse a tareas diversas y por eso hace falta construir consensos alrededor de su significado. La reflexión sobre las distintas aristas del cuidado -qué es el trabajo de cuidados, quiénes lo brindan, en qué condiciones- lleva décadas, siempre vinculada a las distintas etapas del movimiento feminista y LGBTIQ+. Mientras para especialistas en educación “cuidado” puede asociarse a “asistencia”, en salud los cuidados muchas veces toman un significado específico, distinto de la atención médica (Esquivel, 2011). En cambio, desde la economía feminista, las referencias a la organización social del cuidado (Rodríguez y Marzonetto, 2015) o a la economía del cuidado (CEPAL, 2018; CEPAL, 2022) tienen un sentido amplio que busca subrayar el aporte social y el vínculo indisoluble entre los trabajos de cuidado ya sean remunerados, no remunerados, domésticos o realizados en otros espacios.

Fuente: Elaboración propia.

Los cuidados se definen por su carácter relacional: todo lo que buscamos para entretener una compleja red del sostenimiento de la vida (Fisher y Tronto, 1990); se trata de una función social que involucra a personas destinatarias y proveedoras y que debería entenderse como un derecho (a cuidar, a ser cuidado, y a auto cuidarse) (CEPAL, 2019). Para quienes lo realizan sin remuneración, en general mujeres, representa una barrera para insertarse en el mercado laboral con graves consecuencias en la autonomía económica. Tal como muestran los datos de diez países de la región, el principal obstáculo para la participación de las mujeres en el mercado laboral está relacionado con las responsabilidades familiares, expresadas en trabajo doméstico y de cuidados (véase el gráfico 1).

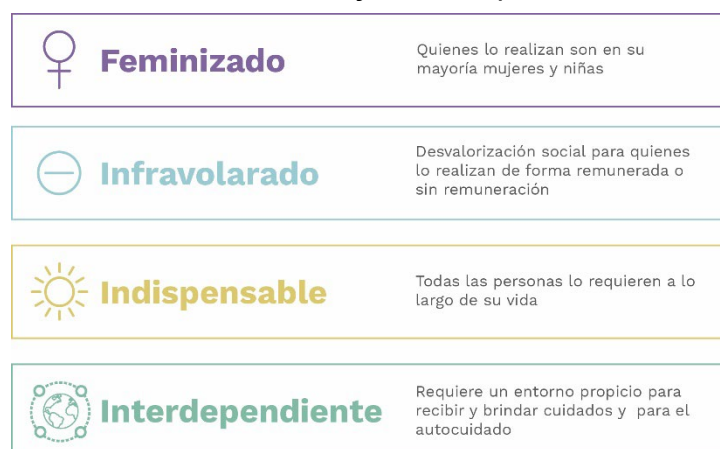
**Gráfico 1**  
**América Latina (10 países): mujeres de 20 a 59 años que se encuentran fuera del mercado laboral por razones familiares, último año disponible**  
*(En porcentajes)*



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de Banco de Datos de Encuestas de Hogares (BADEHOG).

Las actividades concretas a las que se nombra como trabajo doméstico y de cuidados son de carácter histórico y situado. Cambian según la época y el lugar. Sin embargo, algunas de sus características han permanecido constantes (véase el diagrama 3).

**Diagrama 3**  
**Características del trabajo doméstico y de cuidados**



Fuente: Elaboración propia.

Razavi (2007) diseñó la figura del diamante del cuidado para mostrar, de manera estilizada, la arquitectura a través de la cual se distribuyen las cargas de cuidado, especialmente para aquellos con necesidades intensas, como las y los niños pequeños, las personas ancianas frágiles, las personas con enfermedades crónicas y las personas con discapacidades físicas y mentales (Razavi 2007, pág 21). En su diagrama incluyó como proveedores de cuidado a la familia/hogar, los mercados, el sector público y el sector sin fines de lucro, dentro del cual se ubica la provisión voluntaria y comunitaria.

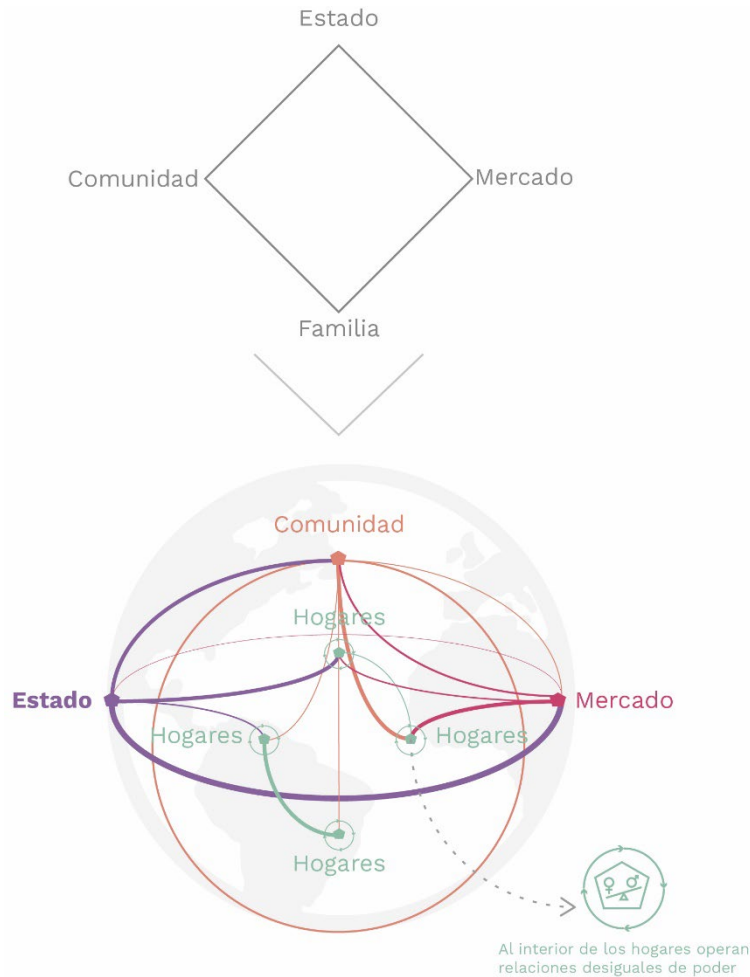
Además de proveedores de cuidado, podríamos decir que los elementos del diamante de cuidado corresponden a determinados lugares físicos. Aunque la imagen más difundida sobre el trabajo doméstico y de cuidados se proyecte al interior del hogar, los cuidados suceden en instituciones públicas, centros comunitarios, la vía pública, oficinas, centros comerciales, lugares recreativos. Pérez Orozco (2006) sugiere hablar de redes de cuidado aludiendo a los encadenamientos múltiples y no lineales que se dan entre los actores que participan en el cuidado, los escenarios, las interrelaciones que establecen entre sí y, en consecuencia, lo densa o débil que resulta la red de cuidados. Las redes de cuidado las conforman las personas que dan cuidado y las que los reciben (es decir, todas las personas en sus roles de cuidadoras y cuidadas) así como los actores institucionales, los marcos normativos y las regulaciones, la participación mercantil y también la comunitaria. Esta red de cuidados es dinámica, está en movimiento, cambia y, por ese mismo motivo puede ser transformada (Rodríguez y Marzonetto, 2015, pág 106).

La red que se forma es una red diversa, situada e interconectada (véase el diagrama 4). Supone distintas fortalezas, debilidades y responsabilidades. Para cuidar hacen falta condiciones habitacionales, disponibilidad de tiempo, recursos económicos, simbólicos y afectivos. El planeta, los hogares y la comunidad, en tanto demandantes de cuidado, tendrán la capacidad de recibirlos según cuán entrelazados estén con quienes los brindan: Estado, sector privado, otros hogares, la comunidad.

Por su rol como regulador y como garante de derechos, la responsabilidad del Estado es diferente a la del resto. Tiene la capacidad de potenciar u obturar la posibilidad de que otros actores brinden y reciban cuidados, puede fortalecer o debilitar las redes. Su intervención puede modificar la desigualdad que caracteriza a la organización social del cuidado. A través de normas y leyes establece derechos y obligaciones pero también a partir de la implementación de políticas públicas, programas y servicios moldea la relación entre todos los que participan de la red. A partir del Consenso de Brasilia (2010), la Agenda Regional de Género de América Latina y el Caribe reconoce al cuidado como parte de los derechos humanos. Si bien se menciona la corresponsabilidad entre toda la sociedad, el Estado y el sector privado, es el Estado el que puede orientar las medidas para garantizar su plena realización.



**Diagrama 4**  
**Del diamante del cuidado a la red diversa, situada e interconectada**



Fuente: Elaboración propia sobre la base de *The Political and Social Economy of Care in a Development Context*, Razavi (2007).

Nota: Los distintos colores y grosores de las conexiones entre actores corresponsables del cuidado muestran responsabilidades y capacidades diferenciadas.

Cuanto más lazos conectan a los distintos actores, más fuerte y estable se torna la red. Si, por ejemplo, el Estado sólo proveyera cuidados a quienes no tienen tiempo o recursos para acceder de manera privada (ya sea a través del mercado o en el hogar, con servicios no remunerados), este actor quedaría conectado sólo a una parte de los hogares, debilitando la interconexión. Del mismo modo, si el intercambio entre hogares sólo sucede entre hogares de bajos ingresos como proveedores y de altos ingresos como demandantes, se trata de una red débil, dominada por la disponibilidad de recursos económicos, donde la comunidad (dada por la conexión entre hogares) pierde lugar.

El cuidado del planeta, necesario para el despliegue de todos los lazos de la red, también supone responsabilidades diferentes. En este caso, al sector privado, responsable de las actividades con más impacto en la degradación ambiental (CEPAL, 2020a), le corresponden acciones que la comunidad y los hogares no están en condiciones de aportar por sí solos. Si bien las personas y las comunidades pueden organizarse en torno a patrones de producción y consumo más sostenibles, será una actividad sujeta, entre otras variables, a la disponibilidad de tiempo e ingresos. El Estado, por su parte, tiene la capacidad de desplegar acciones de cuidado del medio ambiente y también la potestad de regular, restringir o desincentivar las actividades nocivas.

El fortalecimiento de los distintos lazos que componen la red diversa, situada e interconectada implica avanzar en desfeminizar, democratizar y desmercantilizar la provisión de cuidados y revertir algunas de sus características, tal como propuso la Estrategia de Montevideo (2017a).

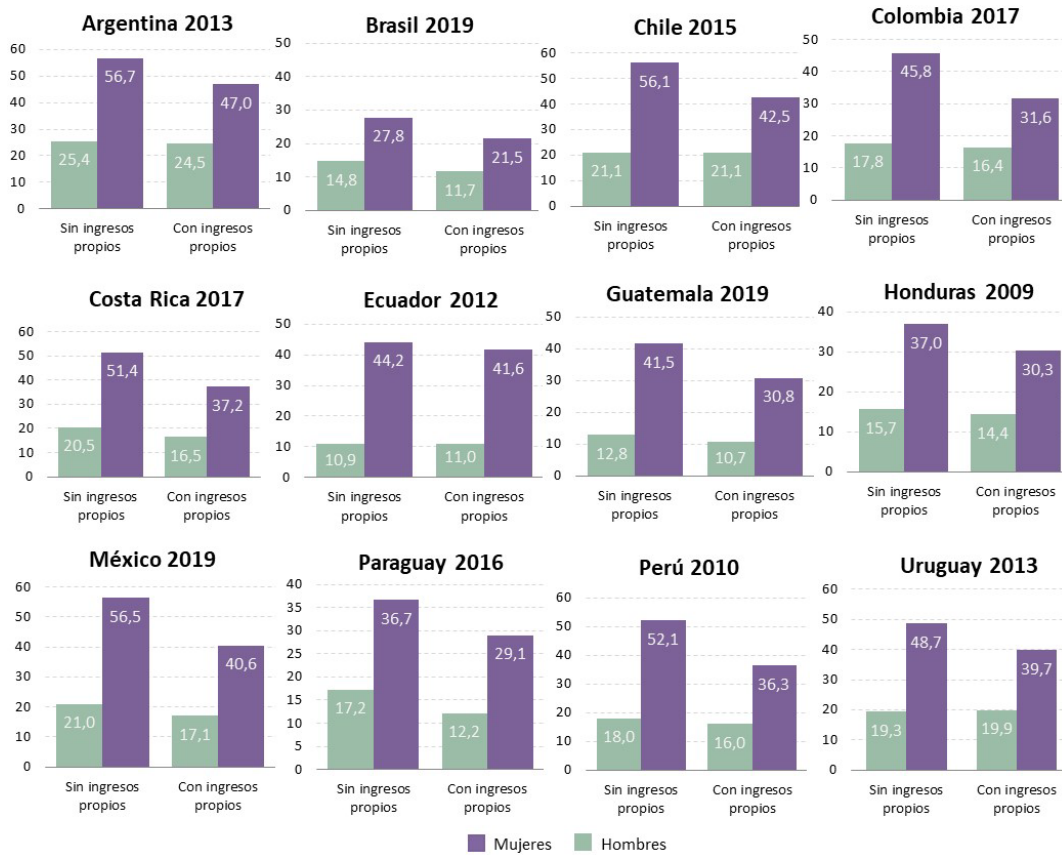
## B. El valor del tiempo como medida de bienestar

La injusta organización social de los tiempos subordinados a las necesidades de la producción capitalista afecta el bienestar de las personas —por no disponer de tiempo para actividades esenciales para la sostenibilidad de la vida o por no disponer de tiempo para participar de la actividad mercantil. Por esto el análisis del tiempo, su organización y distribución, ofrece alternativas para analizar el trabajo remunerado y no remunerado, las relaciones de poder, las desigualdades en el acceso a recursos y el bienestar en general (Carrasco y Recio, 2014; CEPAL, 2017b; 2021a).

A diferencia de los ingresos, el tiempo es a priori una dimensión equitativa: todas las personas disponen de la misma cantidad de horas en un día. Sin embargo, al igual que los ingresos, el tiempo no está disponible para todas las personas del mismo modo. Asimismo, las necesidades de las personas no siguen un ritmo constante ni son los mismos a lo largo del ciclo de vida (Aguirre, Carrasco y Sainz, 2005). Distintos factores influyen en la manera en la que puede hacerse uso del tiempo y en la valoración que las personas hacen de cada una de las actividades en las que ocupan sus horas. A pesar de ello, la escuela marginalista, dominante durante el último medio siglo en la disciplina económica, construyó su edificio teórico sobre la base de la supuesta libre elección que las personas hacen entre tiempo de ocio y tiempo de trabajo (remunerado y no remunerado). En los años sesenta, exponentes de esta tradición recogieron la preocupación por el trabajo doméstico al interior de los hogares. De la idea de la maximización de la utilidad ya no individual sino por parte de las familias surge la Nueva Economía de las Familias (Mincer 1962; Becker, 1965). Según esta lectura, los hogares, en tanto unidades armoniosas, racionales y ahistóricas, deciden la distribución de su tiempo entre actividades para el mercado, para el hogar y el ocio y no se plantean el conflicto de los tiempos ni la distribución de beneficios asociados al uso del tiempo para unas actividades en favor de otras (Rodríguez, 2012). La división sexual del trabajo, para estos autores, responde a una decisión racional basada en la valoración que el mercado hace de cada oferente y las ventajas comparativas que reporta el hecho de que las mujeres se especialicen en el trabajo al interior de los hogares. A esta lectura, los estudios feministas respondieron mostrando los mecanismos discriminatorios del mercado, la sobrecarga de trabajo que se hace visible al analizar el uso del tiempo y las consecuencias de la falta de ingresos propios. A nivel regional, la información que producen los países permite calcular dos indicadores paradigmáticos para la igualdad de género —población sin ingresos propios y tiempo de trabajo no remunerado— que muestran que la falta de ingresos y la falta de tiempo se entrecruzan y se potencian. Las mujeres sin ingresos propios no pueden comprar en el mercado servicios que le permitan aliviar la carga de trabajo no remunerado y a su vez, la sobrecarga de trabajo no remunerado opera como una barrera para que las mujeres puedan participar de actividades que les permitan generar ingresos propios (véase el gráfico 2).

Durante años, la investigación económica y social se centró en el análisis de los ingresos de los hogares como uno de los principales recursos para el bienestar de las personas, sin reparar en su distribución al interior y en la relación entre ingresos y uso del tiempo. Desde el último tercio del siglo XX, con la creciente feminización de la fuerza de trabajo, el estudio del uso del tiempo se volvió clave para entender componentes esenciales de la estructura social y económica de las sociedades (véase el recuadro 6) (CEPAL, 2017b).

**Gráfico 2**  
**América Latina (12 países): tiempo de trabajo no remunerado, según sexo e ingresos propios,**  
**último año disponible**  
 (En horas semanales)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base sobre la base del Repositorio de información sobre el tiempo de América Latina y el Caribe.

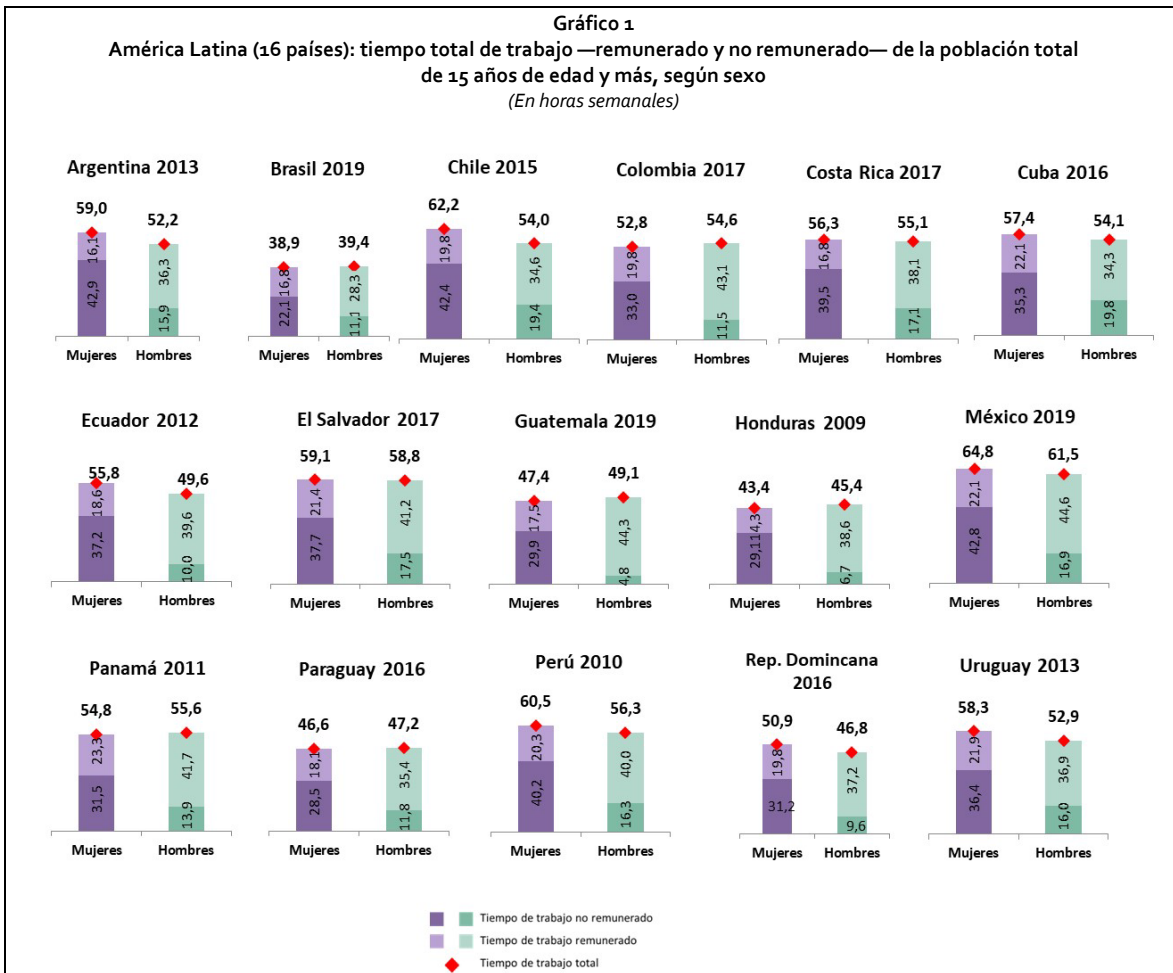
Nota: La heterogeneidad de las fuentes de datos no permite la comparabilidad entre países, el objetivo de este gráfico es mostrar las tendencias al interior de cada país.

#### Recuadro 6 Ejemplos de indicadores en base al uso del tiempo

En términos generales, las mediciones de uso del tiempo en la región surgieron con el objetivo de medir y visibilizar el trabajo no remunerado y su distribución inequitativa entre hombres y mujeres (CEPAL 2021a; CEPAL, 2022). La necesidad de vincular el trabajo no remunerado y remunerado dio lugar a la construcción de indicadores asociados al tiempo total de trabajo (CEPAL, s/f). Otros indicadores, como el desarrollado por el Levy Institute, surgieron para problematizar lo que esconde la pobreza medida por ingresos.

##### -Tiempo total de trabajo

El Grupo de Trabajo de Estadísticas de Género de la Conferencia de Estadísticas de las Américas definió el indicador "Tiempo total de trabajo" como el tiempo promedio destinado al trabajo remunerado y no remunerado de la población de 15 años de edad y más. Este indicador es actualizado y difundido desagregado por sexo (y otras variables importantes para el análisis de género) de forma continua por el Observatorio de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe de la CEPAL. Asimismo, en la Novena Reunión de la Conferencia Estadística de las Américas, el indicador de *tiempo total de trabajo* fue aprobado por los países de la región como parte del marco regional de indicadores para el seguimiento estadístico de los ODS en América Latina y el Caribe. El tiempo total de trabajo permite mostrar la doble carga de trabajo, el solapamiento de los tiempos, así como la injusta distribución de los tipos de trabajo y los beneficios asociados con ellos. Son generalmente las mujeres quienes muestran valores más altos para este indicador, lo que indica que disponen de menos tiempo libre que los hombres (véase el gráfico 1).



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base sobre la base del Repositorio de información sobre uso del tiempo de América Latina y el Caribe.

Nota: La heterogeneidad de las fuentes de datos no permite la comparabilidad entre países, el objetivo de este gráfico es mostrar las tendencias al interior de cada país. El trabajo remunerado se refiere al trabajo que se realiza para la producción de bienes o prestación de servicios para el mercado y se calcula como la suma del tiempo dedicado al empleo, a la búsqueda de empleo y al traslado al trabajo. Argentina y Guatemala no preguntan el tiempo dedicado al traslado de ida y vuelta al trabajo; Argentina, Brasil, Ecuador, El Salvador, Guatemala y Uruguay no preguntan sobre el tiempo de búsqueda de empleo. El trabajo no remunerado se refiere al trabajo que se realiza sin pago alguno y se desarrolla mayoritariamente en la esfera privada; se mide cuantificando el tiempo que una persona dedica a trabajo para autoconsumo de bienes, trabajo doméstico no remunerado, trabajo de cuidados no remunerados, para el propio hogar o para apoyo a otros hogares, el trabajo para la comunidad y el trabajo voluntario. Argentina no tienen preguntas relacionadas con el autoconsumo de bienes; Brasil únicamente pregunta por el trabajo doméstico no remunerado y Honduras no pregunta por el autoconsumo de bienes ni por actividades para otros hogares, comunitarias o voluntarias. Los datos corresponden al total nacional excepto para Costa Rica que corresponden a la Gran Área Metropolitana. Se considera a la población de 15 años de edad y más, excepto Argentina que considera a la población de 18 años de edad y más.

**-Levy Institute Measure of Time and Income Poverty**

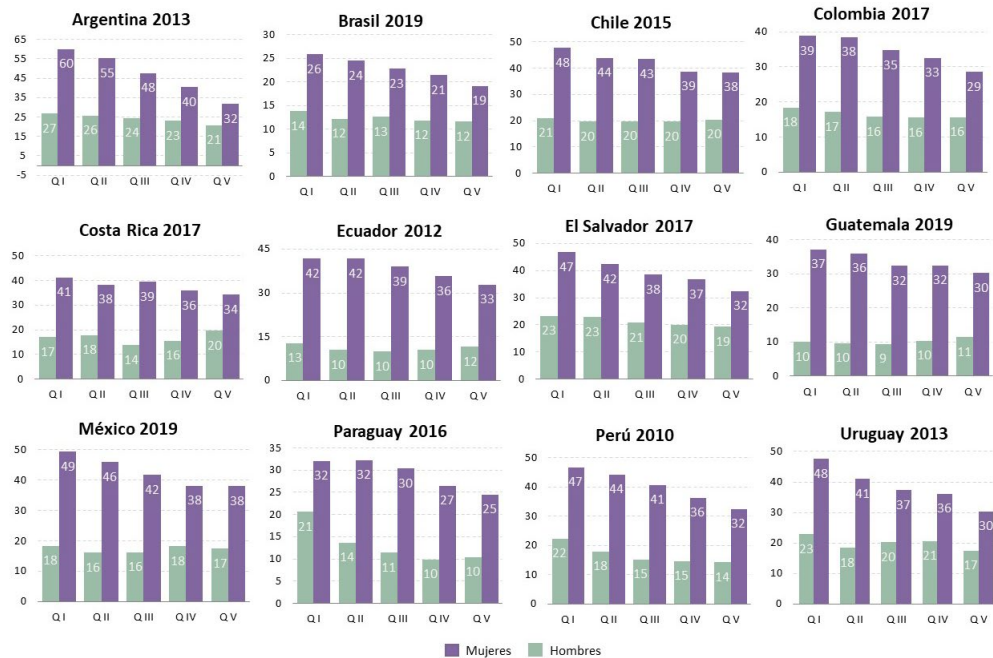
El Levy Institute Measure of Time and Income Poverty (LIMPTIP) desarrolló una medida bidimensional que evalúa las brechas de ingresos y el déficit de tiempo de los hogares al mismo tiempo. Para eso identifica un nivel de pobreza de tiempo requerido para la producción de los hogares. El nivel se define como el tiempo necesario que un hogar precisa dedicar a la producción de actividades para sobrevivir con un ingreso alrededor de la línea de pobreza. Además de la producción de los hogares, los individuos también necesitan un mínimo de tiempo para los cuidados personales (como dormir) que se asigna uniformemente a cada individuo. El indicador muestra distintas razones para los déficits de tiempo: algunos individuos pueden estar dedicando demasiado tiempo al trabajo remunerado mientras que en otros casos los roles de género sumados al tamaño y la composición de los hogares puede provocar un exceso de trabajo no remunerado para algunos individuos en particular. Un ejercicio realizado para Argentina, Chile y México arroja que, considerando la LIMTIP, el porcentaje de personas bajo la línea de pobreza aumentaría de 6,2 a 11,1% en la Ciudad de Buenos Aires, de 10,9% a 17,8% en Chile y de 4,1% a 50% en México (Antonopoulous, Masterson y Zacharías, 2012).

Fuente: Elaboración propia en base al Observatorio de Igualdad de Género de la CEPAL y Antonopoulous, Masterson y Zacharías, 2012.

En años recientes, se ha demostrado que existe un círculo vicioso entre la pobreza y el tiempo dedicado al trabajo no remunerado (Vaca-Trigo, 2015; CEPAL, 2017b). El uso del tiempo permite además un enfoque integral de la pobreza. La pobreza va más allá de un nivel insuficiente de consumo o ingresos: es un fenómeno multidimensional que obedece a un proceso social y económico con componentes políticos y culturales en el que las personas y los hogares se encuentran privados de activos y oportunidades esenciales por diferentes causas y circunstancias, tanto de carácter individual como colectivo (CEPAL/UNIFEM, 2004). Una de las dimensiones de la pobreza es el tiempo —un recurso finito— y cuya distribución a distintas actividades es desequilibrada y responde a distintos factores. Algo similar puede decirse del malestar como fenómeno multidimensional, contracara de las necesidades insatisfechas, la falta de tiempo y espacio para desarrollo de actividades personales, recreativas, culturales, tanto individuales como colectivas.

Consecuencia de la división sexual del trabajo, las responsabilidades de trabajo no remunerado que son asignadas principalmente a las mujeres, operan como una barrera para el acceso al trabajo remunerado que es la principal fuente generadora de ingresos en la región. Si bien la sobrecarga de trabajo no remunerado es una realidad generalizada para las mujeres, se observa también una estratificación basada en el nivel de ingresos de los hogares, que hace que las mujeres de los hogares correspondientes a los quintiles más pobres dediquen más tiempo al trabajo no remunerado (mientras que para el caso de los hombres no se observan grandes diferencias y esto hace además que la brecha de género se exacerbe en los hogares más pobres). Este fenómeno puede explicarse entre otros motivos, por factores demográficos vinculados al tamaño de los hogares y la relación de dependencia entre sus habitantes. El gráfico 3 muestra que los hogares de los quintiles de ingresos más bajos son justamente los que muestran la mayor carga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado, al registrar un mayor número de miembros dependientes, cuyo cuidado demanda más tiempo (CEPAL, 2017).

**Gráfico 3**  
**América Latina (12 países): tiempo de trabajo no remunerado, según sexo y quintil, último año disponible**  
*(En porcentajes)*



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) sobre la base del Repositorio de información sobre uso del tiempo de América Latina y el Caribe.

Nota: La heterogeneidad de las fuentes de datos no permite la comparabilidad entre países, el objetivo de este gráfico es mostrar las tendencias al interior de cada país.

En este sentido, las encuestas de uso del tiempo son herramientas fundamentales para comprender a los hogares como unidades de producción y distribución económica como así también para mostrar la relación entre el trabajo no remunerado y el trabajo remunerado. Al mismo tiempo, revelan las desigualdades originadas en la división sexual del trabajo y sus consecuencias en la autonomía de las mujeres. Debido a su gran capacidad de estudiar diversos aspectos de la vida cotidiana de las personas, son un poderoso instrumento para el diseño de políticas públicas que apunten a ir más allá de los ingresos como medida de bienestar. Sirven para producir estadísticas más precisas sobre todas las formas de trabajo: trabajo remunerado, no remunerado, pluriempleo, formas atípicas de empleo (CEPAL, 2021a).

El conocimiento sobre la distribución del tiempo de cuidados al interior de los hogares, pero también los tiempos dedicados al cuidado cuando no suceden en el hogar, permite una mirada sobre el bienestar no centrada en los ingresos. Conocer el tiempo dedicado a tareas domésticas y de cuidados en los hogares, pero también en centros comunitarios, en instituciones públicas y privadas, permitiría una caracterización más precisa sobre la red diversa, situada e interconectada que provee cuidados (véase el diagrama 4). El tiempo que las personas pasan en un medio de transporte, en instituciones de salud, educativas, en dependencias gubernamentales o en espacios recreativos como así también qué tipo de actividades realizan en cada uno de esos lugares brindaría información sobre el rol que cumplen estos actores en el cuidado, el autocuidado y el tiempo libre de las personas.

El tiempo, en tanto recurso personal e intransferible, no puede ser suplido por otras fuentes de bienestar. Con ingresos adicionales no se puede sustituir la falta de tiempo para la recreación: nadie puede ver por nosotros una obra de teatro. De igual modo, la provisión de bienes y servicios por parte del Estado y el sector privado impactan la capacidad de elegir como distribuimos nuestro tiempo. Si no están desarrolladas las redes básicas de agua, no será posible o será muy caro acceder a dicho servicio y muchas veces implicará una mayor inversión de tiempo ante la necesidad de acarreo de agua para satisfacer las necesidades del hogar. Del mismo modo, no tener acceso a servicios de educación y de salud, puede conllevar a un mayor tiempo de dedicación de los miembros del hogar a suplir estas tareas reduciendo la disponibilidad de tiempo personal (Damián, 2013).

Además de las características de orden biológico de los cuidados (las necesidades de cuidados de las personas como las posibilidades de brindarlos dependen de características como la edad, la salud y condiciones materiales del entorno) y del tiempo-reloj destinado a este trabajo, existen otras dimensiones más bien subjetivas (véase el recuadro 7) y basadas en las experiencias generadas, las relaciones forjadas, la calidad de los servicios brindados, las expectativas personales, la intensidad de los esfuerzos, ente otras (Aguirre, Carrasco y Sainz, 2005).

#### Recuadro 7

##### **El tiempo como categoría social y subjetiva y los límites de los instrumentos actuales para medirlo**

El tiempo en el que estamos inmersos se define socialmente, aunque es a la vez una expresión individual, guiada por una subjetividad que involucra aspectos afectivos y emocionales. Desde esta óptica, el tiempo social no puede identificarse sólo con la temporalidad que marca el reloj (Carrasco, 2016). El tiempo social es complejo y puede volver difusas las fronteras de las categorías que el tiempo-reloj insiste en compartimentar. Los límites entre el tiempo de trabajo, de disfrute, de descanso como así también los tiempos destinados al aprendizaje, a los cuidados y a la salud difieren entre sociedades distintas. Las comunidades construyen sus propios límites; las personas también.

En la cosmovisión de los pueblos originarios e indígenas, el tiempo guarda estrecha relación con los ciclos de la naturaleza, los fenómenos naturales, los ciclos de los astros, las mareas. El tiempo no se organiza en base a la dualidad de lo mercantil y lo de no mercado, ni es un concepto personal sino interrelacionado con la comunidad y el entorno. Hay así tiempos de siembra y cosecha, tiempos de celebración, tiempos de intercambios, tiempos de conexión. Para la filosofía mapuche, por ejemplo, lingüísticamente no existe un concepto específico para nombrar el tiempo. Éste se expresa con elementos de la naturaleza como el sol o la luna. Se reconoce como pulgar de vida la relación de equilibrio entre el ser humano y la naturaleza. El tiempo tampoco escapa de ese entramado. La naturaleza determina al tiempo y además tiempo y espacio están interconectados (Loncon, 2019).

En cambio, el tiempo-reloj es invariable, homogéneo. A diferencia del tiempo de la naturaleza, opera sin importar el contexto. Es una medida cuantitativa y como tal, puede medirse, al igual que el dinero (Adam, 1994).

El tiempo económico<sup>a</sup> es también un tiempo dicotómico (se gasta o se ahorra). El ahorro de tiempo está asociado a la eficiencia económica, cuando se entiende al tiempo como recurso escaso (Carrasco, 2016). Esta concepción del tiempo es necesaria para un modelo de acumulación orientado a optimizar los tiempos de producción para acelerar la generación de ganancias y desvalorizando los tiempos "improductivos" porque no se transforman en dinero. Esta concepción del tiempo se construye sobre relaciones jerárquicas de poder y desigualdades de género.

Para captar otras dimensiones, como la del tiempo que proporciona bienestar, los instrumentos de medición de los que actualmente se disponen resultan limitados. Dado que la percepción subjetiva está atravesada por lo que sucede en el entorno, un posible sesgo es el que insta a las personas a responder según lo que consideran políticamente correcto. En el caso de las preguntas sobre el cuidado, puede ocurrir la valoración de una relación de cuidado, sólo porque es lo que se espera de ella y no porque realmente lo sea. Para sortear esa dimensión, los instrumentos de medición que intenten captar la valoración personal del tiempo deberán adoptar un análisis global de la realidad de las personas y a la vez registrar la conexión entre las diversas actividades. Debería incluir cómo trabajan, cómo se relacionan, cómo gestionan su tiempo, cómo se interconecta trabajo mercantil con el trabajo doméstico y de cuidados, qué necesidades cubren o no los distintos trabajos, qué nivel de satisfacción perciben mujeres y hombres en la realización de sus actividades diarias, entre otras.

Si bien las encuestas de uso del tiempo han sido esenciales en la región para entender como organizan el tiempo de las personas, éstas aún presentan algunas limitantes. Por ejemplo, la jerarquía con la que se ordenan las preguntas en las encuestas de uso del tiempo tiene que ver con que el principal objetivo suele ser la medición vinculada a conceptos de producción y no los efectos sobre el bienestar. Por esto, primero se pregunta por las actividades de mercado, luego por el trabajo doméstico y, por último, por las actividades de cuidado y personales. Esto nuevamente destaca la menor valorización que se le da a aquellas actividades esenciales para la sostenibilidad de la vida.

Además, las actividades humanas básicas actividades como dormir, comer, beber, vestirse, entre otros, así como otras relacionadas con el tiempo que se destina al aprendizaje y el estudio, la convivencia social, la asistencia a eventos culturales, de entrenamientos y deportivos, aficiones y pasatiempos; deportes y utilización de medios de comunicación son consideradas por el SCN como "no productivas (CEPAL, 2021a) y esto en la práctica se ha traducido en una menor jerarquización de las actividades esenciales para el autocuidado. Sólo algunas mediciones en la región, incluyen información sobre el tiempo dedicado a actividades personales. Esto supone un avance en la consideración de actividades no mercantiles para analizar el nivel de vida de las personas y establecer comparaciones de estos niveles en el tiempo y en el espacio (Stiglitz, Sen y Fitoussi, 2009). Un diagnóstico sobre cómo se distribuye el tiempo libre brinda otro panorama sobre la desigualdad y las políticas que podrían aplicarse para mejorar las condiciones de vida y en particular para las posibilidades de poder ejercer el autocuidado. Al no medir las actividades personales se desconoce su impacto en el resto de las actividades económicas. Un ejemplo es el desconocimiento sobre el efecto de la falta de descanso y sus consecuencias para los sistemas de salud.

Fuente: Elaboración propia.

<sup>a</sup> El tiempo económico mide el tiempo consumido en una actividad económica, bajo la forma de período, bien económico o velocidad de ajuste.

Una distribución más equitativa del tiempo, centrada en el bienestar, requiere pensar no sólo la relación entre el tiempo de trabajo y el de no trabajo sino también en el vínculo entre esos tiempos y otras actividades y vivencias vinculadas al bienestar. En este sentido cobran relevancia las valoraciones subjetivas que hacen de su tiempo las personas y las comunidades y de las condiciones materiales que facilitan u obturan su desarrollo individual y colectivo.

### **C. ¿Lo que no se mide no cuenta? Aportes y limitaciones de las cuentas satélite del trabajo no remunerado**

Como ya se mencionó, las cuentas nacionales cuantifican todas las áreas que se definen como parte de la economía nacional. Sobre esa base, se analizan las tendencias, se interpretan las dinámicas de corto, mediano y largo plazo, se hacen proyecciones y se toman decisiones respecto a la asignación de recursos. Numerosas contribuciones a la disciplina económica han demostrado el carácter esencial del trabajo doméstico y de cuidados y la necesidad de integrar su análisis al estudio del resto de las variables económicas (Seguino; Braunstein, Bohuía y Seguino, 2019; Elson 2002). Sin embargo, la limitada

definición del ámbito de la producción en el SCN ha mantenido fuera del análisis macroeconómico a los servicios domésticos y de cuidado producidos y consumidos por los miembros del propio hogar. La omisión es esperable si se tiene en cuenta que los debates sobre el carácter económico de la actividad al interior de los hogares y los cuidados en general, su esencialidad para el funcionamiento de la economía y su contribución a la producción de valor social estuvieron ausentes cuando se concibió el Sistema de Cuentas Nacionales<sup>4</sup>.

A lo largo de sus revisiones, el SCN ha ido incorporando componentes a la frontera de la producción. El creciente peso del sector financiero llevó, por ejemplo, a ampliar la definición de servicios financieros para incluir transacciones no monetarias como la gestión de riesgos y la transformación de liquidez. En 1993 se incorporaron los denominados activos intangibles tales como: prospección minera y petrolera, software informático, los originales de obras artísticas y literarias.

En los propios términos del SCN 2008, la exclusión de los servicios producidos y consumidos por los hogares de la frontera de la producción no implica negar sus aspectos de bienestar, sino “reconocer que su inclusión reduciría la utilidad del SCN, en vez de aumentarla, con respecto a los objetivos primordiales para los fue diseñado, que son el análisis económico, la toma de decisiones y la formulación de políticas” (Naciones Unidas 2009, pág. 74).

Más allá del debate sobre la incorporación o no dentro de la frontera de producción, es necesario problematizar los efectos que la exclusión de estas actividades produce en la distribución de los recursos y los beneficios. La falta de reconocimiento de esta esfera de la economía como así también la ausencia de estudios sobre el impacto de sus distintas formas de producción y distribución perpetúa las desigualdades. Gracias a los aportes de la economía feminista, se ha logrado problematizar la invisibilización y sus consecuencias y se han propuesto alternativas para visibilizarlo y valorizarlo.

A nivel normativo, en el preámbulo de la Convención Internacional contra todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW), se propone visibilizar el aporte de las mujeres al bienestar de la familia y al desarrollo de la sociedad. El Comité de Seguimiento la CEDAW, ha destacado desde su Recomendación General N° 17 de 1991 la necesidad de promover la medición y cuantificación del trabajo doméstico no remunerado de las mujeres (CEDAW, 1991). Además, en la Cuarta Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre la Mujer (Beijing 1995) quedó instalado el compromiso de los países de medir cuantitativamente el trabajo no remunerado, valorarlo e incluirlo en una cuenta satélite a las cuentas nacionales (véase el recuadro 8) (Naciones Unidas, 1996).

**Recuadro 8**  
**Ampliando el alcance del Sistema de Cuentas Nacionales**

Las revisiones del SCN han avanzado en permitir una utilización más flexible al habilitar instrumentos como las cuentas satélite y las matrices de contabilidad social. Estos instrumentos tienen el propósito de obtener una imagen integral de un campo específico de la actividad económica sin sobrecargar o afectar el sistema central.

Las cuentas satélite son elaboraciones especiales, coherentes con el marco central del SCN aunque no se integren plenamente en el mismo. Admiten el uso de elementos complementarios o conceptos alternativos para poner de manifiesto y describir con mayor profundidad aspectos que están ocultos o se observan solo de forma limitada en el marco central (CEPAL, 2016). Se elaboran en general para dar seguimiento a sectores específicos, como la salud pública o el estado del medio ambiente. También se utilizan para probar nuevas metodologías o procedimientos contables que, una vez desarrollados, pueden incorporarse al SCN.

<sup>4</sup> La visión androcéntrica de los orígenes del SCN también se refleja y es reflejo de la escasa participación de las mujeres en las discusiones que dieron inicio a los estándares para medir la contabilidad nacional. Los orígenes del SNA se remontan a 1947 con el Informe del Subcomité de Estadísticas de Ingreso Nacional del Comité de Expertos en Estadística de la Liga de Naciones bajo el liderazgo de Richard Stone y con participación de otros 8 expertos hombres. Si bien el informe señala que Agatha Chapman Economista del Banco de Canadá tomó parte de las discusiones, no la menciona como parte del Grupo de Expertos (Naciones Unidas, 1947). En 1953 se adopta el primer estándar de cuentas nacionales bajo los auspicios de la Comisión Estadística de Naciones Unidas, y el Grupo de expertos encargados de la elaboración del reporte constaba de 5 hombres y ninguna mujer (Naciones Unidas, 1953).



En términos generales, existen dos tipos de cuentas satélite. Una de ellas suponen un reordenamiento de las clasificaciones centrales y la posibilidad de introducir elementos complementarios. Esas cuentas satélite cubren, por lo general, cuentas específicas y vinculadas con campos determinados como la educación, el turismo y los gastos de protección del medio ambiente y pueden considerarse como una extensión de las cuentas de un sector clave. Muchos de los elementos que se muestran en una cuenta satélite son invisibles en el marco central. Esos elementos o bien se han estimado explícitamente al elaborar las cuentas centrales —aunque para la presentación se incorporan en las cifras agregadas— o figuran únicamente como componentes implícitos de transacciones calculadas globalmente. El segundo tipo de análisis satélite fundamentalmente se basa en conceptos alternativos a los del SCN. Esto implica por ejemplo una frontera de producción diferente, una concepción ampliada del consumo o de la formación de capital, una ampliación del ámbito de la frontera de los activos, entre otros elementos. Este segundo tipo de análisis, así como el primero, puede implicar variaciones en las clasificaciones, aunque el aspecto principal del segundo tipo de análisis radica en la incorporación de conceptos alternativos (Naciones Unidas 2009, pág 612). Un ejemplo es el transporte. El producto de las actividades de transporte en el marco central cubre solamente los servicios de transporte prestados a terceros, sea como producto principal o secundario. El transporte por cuenta propia se considera una actividad auxiliar; en este caso, los insumos son componentes no identificados de los costos de las unidades productoras a las que se presta el servicio. A fin de obtener una visión más amplia de la actividad del transporte, se puede determinar y medir el transporte por cuenta propia de las unidades productoras. En algunos casos, puede resultar conveniente considerar la posibilidad de ampliar la frontera de producción. Por ejemplo, para hacer una estimación general de la función del transporte en una economía, podría ser útil cubrir los servicios de transporte prestados por los hogares que utilizan sus propios automóviles y tratar de valorar el tiempo que las personas invierten en el uso de ese tipo de transporte. En términos generales, es posible ampliar considerablemente el alcance de las actividades no destinadas al mercado. Otros ejemplos son las cuentas satélite del trabajo doméstico no remunerado y las cuentas satélite del sector salud.

Una matriz de contabilidad social (MCS) es una manera de ordenar los datos de las cuentas para producir información nueva. Se utilizan para la modelización del desarrollo económico y social. El fin de atender mejor determinadas necesidades analíticas y políticas. Hasta la fecha, los elaboradores de las MCS han explotado su flexibilidad para resaltar ciertos intereses y preocupaciones especiales, desagregando por ejemplo el sector de los hogares, mostrando la relación entre la generación del ingreso y el consumo, etc. La potencia de una MCS, así como del SCN, proviene de la elección del tipo adecuado de desagregación para el estudio del tema que interesa. Además de su flexibilidad, las MCS pueden incorporar ajustes más amplios, análogos a los de las cuentas satélite, con el propósito de atender determinados fines analíticos (SCN 2008, pág. 43).

Fuente: Elaboración propia en base al Sistema de Cuentas Nacionales 2008.

En América Latina y el Caribe, la arquitectura regional existente y las sinergias entre los acuerdos aprobados por los Estados miembros de la CEPAL en el marco de la Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe y los debates técnicos en la Conferencia de Estadísticas de las Américas (CEA) han generado un impulso en las mediciones de uso del tiempo y la elaboración de cuentas satélite del trabajo no remunerado de los hogares. En el marco de la CEA, en 2006 se creó el Grupo de Trabajo sobre Estadísticas de Género que entre sus actividades promovió la elaboración de clasificadores, guías y metodologías para avanzar en la valorización del trabajo no remunerado.

Por su parte, en el marco de la Conferencia Regional sobre la Mujer de América ya desde 1994, en el Programa de acción para las Mujeres de América Latina y el Caribe, 1995-2001 de Mar del Plata se establece como una línea de acción estratégica “Establecer mecanismos para cuantificar y valorar la contribución económica del trabajo no remunerado de la mujer en el hogar, la agricultura, la producción de alimentos, la reproducción y la labor comunitaria; diseñar indicadores de género para valorar estos aportes al PIB, y definir como trabajadoras y trabajadores, en el sistema de cuentas nacionales, a quienes desempeñan tareas no remuneradas” (CEPAL, 1994). Luego en 1997, en el Consenso de Santiago se insta a las organizaciones regionales e internacionales a prestar cooperación técnica y financiera para la realización de investigaciones vinculadas al trabajo no remunerado (CEPAL, 1997 párr 7. bb). En el 2000, el Consenso de Lima también insta a “Promover el reconocimiento de la contribución social y económica del trabajo no remunerado de las mujeres, predominantemente en el hogar” (CEPAL, 2000 párrafo v). El Consenso de México de 2004, incorpora el concepto del reconocimiento del valor económico del trabajo no remunerado que luego se retoma en el Consenso de

Quito de 2007 que añade el énfasis a la visibilización a través de mediciones e incorporación al sistema de cuentas nacionales (CEPAL, 2004; CEPAL 2007). En 2010, los países de América Latina y el Caribe acordaron en el Consenso de Brasilia “Impulsar el establecimiento, en las cuentas nacionales, de una cuenta satélite sobre el trabajo doméstico no remunerado y el trabajo de cuidado que llevan a cabo las mujeres” (Consenso de Brasilia, 2010 párr. 1d) (CEPAL, 2010). Esto luego se ratifica nuevamente en 2013 en el Consenso de Santo Domingo, donde se insta a los gobiernos a “promover la creación de las cuentas satélites del trabajo no remunerado en los países de la región” (CEPAL, 2013; párr. 56).

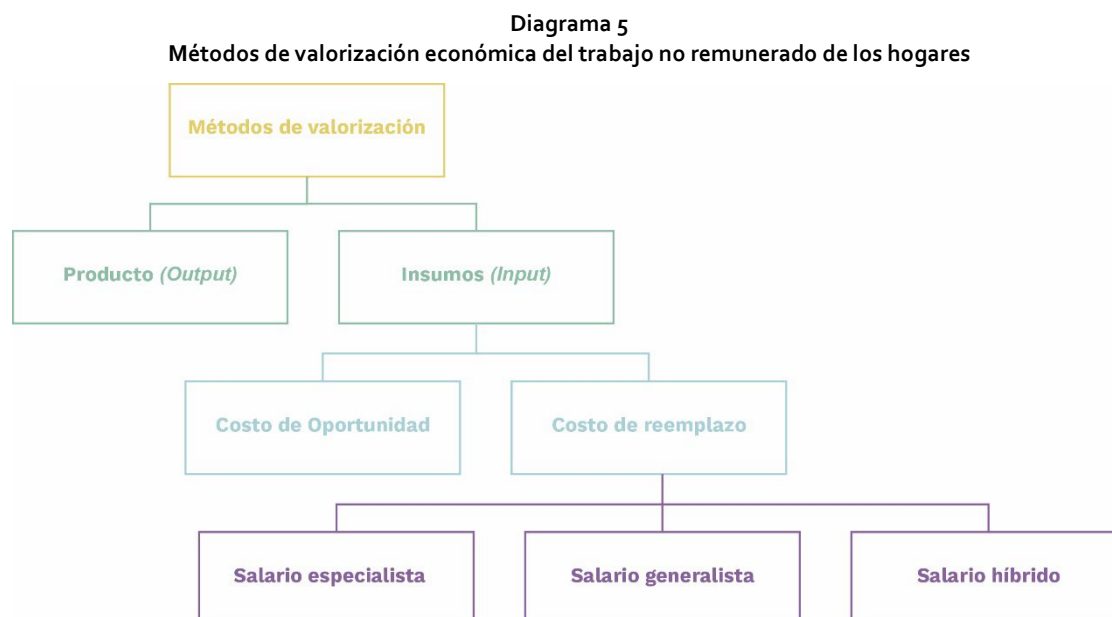
A nivel global, al año siguiente de la publicación del Sistema de Cuentas Nacionales 2008, y en el contexto de la mayor crisis financiera de las últimas décadas, se generó un clima propicio para impulsar cuentas satélites de trabajo no remunerado, estimulado por la amplia difusión del Informe de la Comisión sobre la Medición del Desarrollo Económico y del Progreso Social (Stiglitz, Sen, Fitoussi, 2009) entre los especialistas en contabilidad nacional y su creciente interés por las cuentas satélites (Aguirre y Ferrari, 2014).

“Añadir el trabajo doméstico a los agregados nacionales no significa aumentar la producción, supone revelar la cantidad de trabajo oculto incorporado en la producción que permanece encubierto”. Antonella Picchio, *Visibilidad analítica y política del trabajo de reproducción social*, 1999.

El propósito de valorar del trabajo no remunerado en el marco del SCN es, por un lado, visibilizar una parte de la economía que ha permanecido oculta y con ello incorporar el tema al análisis macroeconómico y a la toma de decisiones del gobierno y de la sociedad (Gómez Luna, 2003). Y dado que esta parte de la economía se ha sostenido tradicionalmente sobre el trabajo no remunerado de las mujeres, romper el silencio estadístico en esta materia, permitirá dar mayor reconocimiento a la contribución de este trabajo al bienestar y al sostenimiento de la economía; profundizar el análisis de las desigualdades inherentes a su distribución y avanzar hacia propuestas de política que apunten a desatar los nudos estructurales detrás de las desigualdades de género. De igual manera, la visibilización de los aportes del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado a las economías puede incidir positivamente en una mayor justicia de la distribución de recursos, beneficios y compensaciones derivados de esa producción.

La valorización del trabajo no remunerado bajo las líneas metodológicas de la estimación del PIB permite obtener un cálculo más preciso de lo que la sociedad produce. Además, reconociendo que existen interacciones entre la economía de los hogares y la economía del mercado, el medir las dos esferas de forma conjunta permite tener una medida comparable de ambas y de los intercambios que se producen (Latigo y Neijwa, 2005). Otro de los argumentos para la valoración económica de la producción dentro de los hogares, tiene que ver con mejorar su distribución y la incorporación de esta información en las políticas públicas de desarrollo, bienestar, crecimiento e igualdad (Batthyány, Genta y Perrota, 2015). Desde una perspectiva política, analizar los cambios entre la producción de mercado y la de no mercado en la producción de servicios es esencial para comprender la división del trabajo, no solo dentro de los hogares, sino también en todos los sectores del gobierno, las empresas y los hogares (ISWGNA, 2020). De igual manera, el análisis del sector de los hogares permitiría evidenciar cuánto trabajo no remunerado realizan los hogares y cuánto consumen de servicios sustitutos provistos por el sector público, el sector privado o la comunidad, según distintas características del hogar como su composición, la inserción laboral de sus miembros, sus niveles de ingresos, su ubicación geográfica, entre otras (Durán, 2011). Desde esta perspectiva, el análisis de las interacciones de las esferas de los hogares y el resto del sistema económico permite también considerar los efectos de políticas que busquen modificar los impuestos, el destino del gasto público, las políticas comerciales y de desarrollo productivo, entre otras en la distribución del trabajo no remunerado (Rodríguez Enríquez, 2005).

Para la valorización del trabajo no remunerado, se han propuesto dos opciones: valorizar a través del costo de los insumos (*método input*) o valorizar el producto generado por ese trabajo (*método output*) (véase el diagrama 5). Aunque en la teoría ambos métodos deberían dar como resultado iguales mediciones de la producción y el valor agregado de los servicios domésticos no remunerados, en la práctica las valorizaciones obtenidas utilizando estos métodos diferirán en tanto existen fortalezas y debilidades asociadas a las fuentes de datos requeridas para ambos métodos (UNECE, 2017; ISWGNA, 2020).



Fuente: Elaboración propia sobre la base de Vaca Trigo (2016), "Valorización económica el trabajo no remunerado de los hogares". El Salvador, abril 2016.

El método *output* requiere información de las unidades físicas producidas en el hogar y los precios de mercado de esta producción, para imputar un valor monetario a la producción de los hogares. Debido a la dificultad de este método para determinar qué bienes y servicios son equivalentes a los producidos en el hogar y el precio que se le debería atribuir, además de la dispar calidad de los bienes y servicios producidos en los distintos hogares, y el hecho de que no se dispone de encuestas sobre lo que se produce en el hogar, no ha sido utilizado en la región. La nota orientativa sobre el trabajo de servicio doméstico no remunerado del Subgrupo de Bienestar y Sostenibilidad en el proceso de revisión hacia el SCN 2025, señala que se debe adoptar el enfoque de insumos (ISWGNA, 2020).

Para desarrollar el método *input* se precisa la cuantificación del trabajo no remunerado y un salario para estimar el valor de este trabajo. Las encuestas de uso del tiempo son las herramientas recomendadas para la cuantificación del tiempo que hombres y mujeres dedican a actividades de trabajo no remunerado (CEPAL, 2021a; ISWGNA, 2020). Más allá de proveer información para la valorización económica del trabajo no remunerado, las encuestas de uso del tiempo brindan evidencias sobre las interrelaciones del trabajo remunerado, no remunerado y el tiempo dedicado a actividades personales, y la distribución de las cargas de trabajo de hombres y mujeres, que son de relevancia en la formulación de políticas públicas. Hasta el momento, 23 países de América Latina y el Caribe han realizado al menos una medición del tiempo dedicado al trabajo doméstico y de cuidado (véase el mapa 1).

**Mapa 1**  
**América Latina y el Caribe (23 países): mediciones de uso del tiempo, último año disponible**



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) sobre la base del Repositorio de información sobre uso del tiempo de América Latina y el Caribe.

\*El ejercicio de Granada fue un piloto y al momento de la redacción de este documento no se conoce si se publicaran los resultados como oficiales. Nota: Los límites y los nombres que figuran en este mapa no implican su apoyo o aceptación oficial por las Naciones Unidas.

Por otro lado, la elección del salario que se imputará por el trabajo realizado es un tema crucial que influye en el resultado de la valoración. La literatura (Varjonen y Aalto, 2005) propone dos opciones: considerar el costo de reemplazo que significa imputar el salario pagado a una persona que realiza una actividad similar en el mercado; o considerar el costo de oportunidad, que implica imputar el salario potencial que la persona que está realizando el trabajo no remunerado obtendría en el mercado. Porque el objetivo de utilizar costos de reemplazo es conocer el costo de sustituir al trabajador o trabajadora no remunerada por alguien que realiza en el mercado esa tarea por un ingreso monetario y por la dificultad que representa el imputar un salario potencial, los países de la región han optado por utilizar los costos de reemplazo para la valoración (véase el cuadro 1).

Este costo de reemplazo se puede estimar a través del uso del salario de un trabajador generalista, (aquella persona que puede realizar todo tipo de tarea del hogar) o el salario de un trabajador especializado (aquella persona que posee conocimientos específicos a cada tarea del hogar). También se puede optar por utilizar un salario híbrido, es decir una combinación de los métodos generalista y especialista, en la cual se diferencia aquellas actividades que son usualmente realizadas por los miembros del hogar imputándoles el salario de un trabajador generalista, de las que son generalmente provistas por productores del mercado, mediante la asignación de salarios de un trabajador especialista. Esa distinción dependerá claramente de factores sociales y culturales, y del nivel de desarrollo económico de cada país.

**Cuadro 1**  
**América Latina (10 países): métodos de valorización económica del trabajo no remunerado de los hogares utilizados**

País	Año	Insumos	Costos	Salarios
Argentina	2020	Encuesta de Uso del Tiempo 2013 + Encuesta Permanente de Hogares	Reemplazo	Generalista
Chile	2020	Encuesta Nacional de Uso del Tiempo 2015 + Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional 2017 + Encuesta Nacional de Empleo (ENE 2015 y 2020)	Reemplazo	Generalista
Colombia	2017	Encuesta Nacional de Uso del Tiempo 2016-2017 + Gran Encuesta Integrada de Hogares	Reemplazo	Ambos y compara
Costa Rica	2017	Encuesta Nacional de Uso del Tiempo 2017 + Encuesta Continua de Empleo (ECE) 2017 + Cuadro de oferta y utilización (COU) del Sistema de Cuentas Nacionales	Reemplazo	Híbrido
Ecuador	2017	EUT + Encuesta Nacional de Empleo, Desempleo y Subempleo + Directorio de Empresas	Reemplazo	Híbrido
El Salvador	2010	Módulo uso del tiempo de Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples 2010	Reemplazo	Híbrido
Guatemala	2014	Encuesta Nacional de Empleo e Ingresos (ENEI)	Reemplazo	Generalista
México	2019	Encuesta Nacional de Uso del Tiempo 2019 + Encuesta Nacional de Empleo (ENE) + Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE)	Reemplazo	Híbrido
Perú	2010	Encuesta Nacional de Uso del Tiempo 2010 + Cuadro de Oferta y Utilización y la Matriz de empleo equivalente	Reemplazo	Híbrido
Uruguay	2013	Encuesta Continua de Hogares	Reemplazo	Híbrido

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) sobre la base de la información oficial de los países de la región. Instituto Nacional de Estadística y Censos de Costa Rica (INEC). (2019). Encuesta Nacional de Uso del Tiempo ENUT 2017, Costa Rica. 17ª Reunión Internacional de Especialistas sobre Uso del Tiempo y Trabajo No Remunerado, Aguascalientes, México, 2019. Disponible en: <https://www.inegi.org.mx/contenidos/eventos/2019/rut/Sesion2/S2M1.AidaChavesfn.pdf>; Instituto Nacional de Estadísticas y Censos del Ecuador (INEC) (2013) Metodología de la Encuesta Específica de Uso del Tiempo – 2012. M-EUTDINME-MN. Quito, Ecuador. [en línea] [https://www.ecuadorencifras.gob.ec/documentos/web-inec/Uso\\_Tiempo/Metodologia\\_EUT\\_2012.pdf](https://www.ecuadorencifras.gob.ec/documentos/web-inec/Uso_Tiempo/Metodologia_EUT_2012.pdf). Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2020) Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo (ENUT) 2019. Diseño conceptual. México: INEGI. [en línea] [https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/enut/2019/doc/enut\\_2019\\_diseno\\_conceptual.pdf](https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/enut/2019/doc/enut_2019_diseno_conceptual.pdf); INAMU (2017) [en línea] <https://www.inamu.go.cr/valoracion-del-trabajo-domestico-no-remunerado>.

Para no subvalorar las actividades que realizan las mujeres en el hogar, es importante reconocer la existencia de brechas salariales de género en los mercados laborales latinoamericanos y por esto evitar utilizar para la valorización los salarios desagregados por sexo, en su lugar se sugieren los salarios promedio para la actividad que corresponda. Sin embargo, debido a la segregación ocupacional, ciertas actividades en sectores altamente feminizados registrarán un valor bajo de mercado.

Finalmente, para pasar de una medición en unidades físicas, es decir el tiempo dedicado a cada actividad, a medición en valores monetarios se tendrá que multiplicar el tiempo dedicado por el salario apropiado y así se obtendrá el valor económico del trabajo no remunerado de los hogares (véase el diagrama 6).



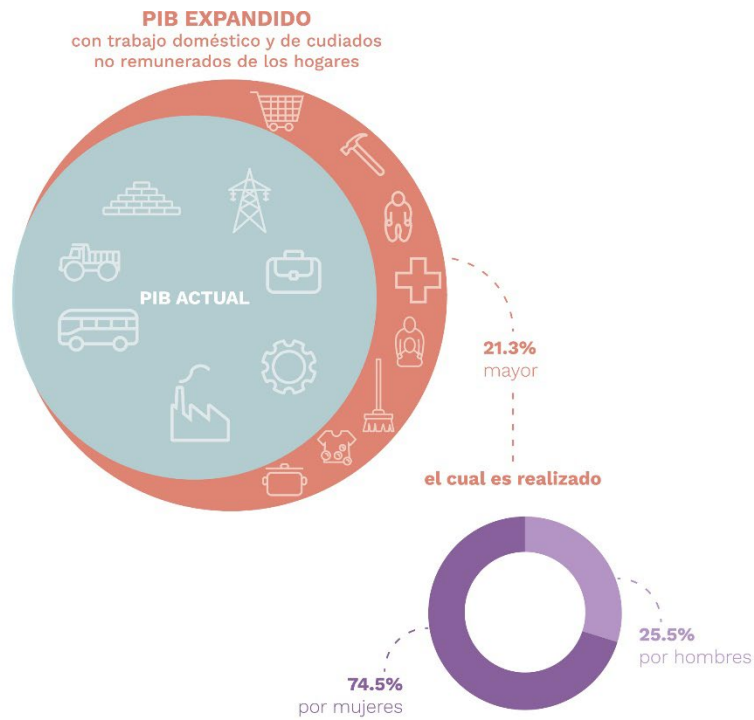
Fuente: Elaboración propia sobre la base de Vaca Trigo (2016), "Valorización económica el trabajo no remunerado de los hogares". El Salvador, abril 2016.

Para la construcción de la cuenta satélite del trabajo no remunerado de los hogares la propuesta de la Comisión Europea (EUROSTAT) del año 2003 expresa que existirían tres formas distintas:

- i) valorar el trabajo no remunerado (y construir la cuenta satélite sólo con ese valor);
- ii) incorporar una redefinición de lo que ya está registrado en el SCN en términos de producción y consumo de los hogares, y elaborar las cuentas de producción y de generación de ingresos de los hogares que son las dos primeras cuentas de la secuencia de cuentas y que surgen del Cuadro de Oferta y Utilización;
- iii) generar la cuenta completa de producción y consumo de los hogares integrando los cambios en el registro del consumo de los hogares (gasto en consumo final que pasa a ser consumo intermedio y formación de capital fijo) a toda la secuencia de cuentas.

La mayoría de los países de la región han optado por la primera opción que resulta la menos compleja de construir y con esto han logrado obtener una medida del PBI extendido, es decir, la suma del PBI convencional más el valor de la producción del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado. A nivel mundial, se estima que el PIB sería entre un 25% y un 80% mayor si se considerara el aporte del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado. Basado en el método del costo de reemplazo, los resultados varían desde un 13,3% del PIB en Estados Unidos hasta un 41,9% en España (van den Ven y Zwijnenburg, citado en ISWGNA, 2020). Para América Latina y el Caribe, esa cifra ronda alrededor del 21.3% (véase el diagrama 7).

**Diagrama 7  
PIB extendido**



Desagregación por país

País	Año	TNR hombres (como % del PIB)	TNR mujeres (como % del PIB)	TNR total (como % del PIB)	Aporte de las mujeres	Relación del Aporte de Mujeres/Hombres
Argentina*	2020	3.9%	12.0%	15.9%	75.7%	3.1
Chile*	2015	7.3%	14.5%	21.8%	66.5%	2.0
Colombia	2017	4.7%	15.3%	20.0%	76.5%	3.3
Costa Rica	2017	7.3%	18%	25.3%	71.1%	2.5
Ecuador	2017	4.6%	14.5%	19.1%	75.9%	3.2
El Salvador*	2010	4.5%	16.8%	21.3%	78.9%	3.7
Guatemala*	2014	2.5%	16.3%	18.8%	86.7%	6.5
México	2020	7.4%	20.2%	27.6%	73.2%	2.7
Perú	2010	6.3%	14.1%	20.4%	69.1%	2.2
Uruguay*	2013	6.6%	16.3%	22.9%	71.2%	2.5

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la información oficial de los países, excepto para los países con \* en cuyo caso son ejercicios de valorización que pese a utilizar fuentes oficiales, no han sido incorporados como cuenta satélite a las estadísticas del SCN.

Nota: La información para Argentina se tomó de "Los cuidados, un sector económico estratégico. Medición del aporte del Trabajo doméstico y de cuidados no remunerado al Producto Interno Bruto" [en línea] [https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/los\\_cuidados\\_-\\_un\\_sector\\_economico\\_estragico\\_o.pdf](https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/los_cuidados_-_un_sector_economico_estragico_o.pdf); para Chile de "ComunidadMujer (2019). ¿Cuánto aportamos al PIB? Primer Estudio Nacional de Valoración Económica del Trabajo Doméstico y de Cuidado No Remunerado en Chile" [en línea] <https://www.comunidadmujer.cl/biblioteca-publicaciones/wp-content/uploads/2020/03/Cu%C3%A1nto-aportamos-al-PIB.-Estudio-de-Valoraci%C3%B3n-Econ%C3%B3mica-del-TDC-NR-en-Chile.pdf>; para Colombia en "Cuenta Satélite de Economía del Cuidado (CSEC) 2017" [en línea] [https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/cuentas/ec/Bol\\_CS\\_Econo\\_cuidado\\_TDCNR\\_2017.pdf](https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/cuentas/ec/Bol_CS_Econo_cuidado_TDCNR_2017.pdf); para Costa Rica en "Cuenta satélite del trabajo doméstico no remunerado en Costa Rica 2017" [en línea] [https://www.bccr.fi.cr/indicadores-economicos/Cuenta\\_Satelite\\_TrabajoDomesticoNoRemunerado/Documento\\_Metodologico\\_Resultados\\_CSTDNR2017.pdf](https://www.bccr.fi.cr/indicadores-economicos/Cuenta_Satelite_TrabajoDomesticoNoRemunerado/Documento_Metodologico_Resultados_CSTDNR2017.pdf); para el Ecuador en "Cuentas satélite de trabajo no remunerado de los hogares 2007-2010" [en línea] <https://www.ecuadorencifras.gob.ec/cuentas-satelite-de-trabajo-no-remunerado-de-los-hogares-2007-2010/>; para El Salvador en "La experiencia de El Salvador en la Valorización Económica del Trabajo no Remunerado y en la Cuenta Satélite" [en línea] [http://cedoc.inmujeres.gob.mx/documentos\\_download/RUT2018/S4-3-FatimaRamirez.pdf](http://cedoc.inmujeres.gob.mx/documentos_download/RUT2018/S4-3-FatimaRamirez.pdf); para Guatemala en "Trabajo remunerado y no remunerado en la encuesta de empleo." [en línea] [https://www.inegi.org.mx/eventos/2015/genero/doc/p\\_s4b\\_JaimeMejia.pdf](https://www.inegi.org.mx/eventos/2015/genero/doc/p_s4b_JaimeMejia.pdf); para México de "Cuenta Satélite del Trabajo No Remunerado de los Hogares de México 2020" [en línea] [https://www.inegi.org.mx/temas/tnrh/#Informacion\\_general](https://www.inegi.org.mx/temas/tnrh/#Informacion_general); para Perú en "Cuenta Satélite del Trabajo Doméstico No Remunerado" [en línea] [https://www.inei.gob.pe/media/MenuRecursivo/publicaciones\\_digitales/Est/Lib1358/index.html](https://www.inei.gob.pe/media/MenuRecursivo/publicaciones_digitales/Est/Lib1358/index.html); para el Uruguay en "La valoración económica del trabajo no remunerado", Los tiempos del bienestar social: género, trabajo no remunerado y cuidados en Uruguay, K. Batthyány, Montevideo, Instituto Nacional de las Mujeres (INMUJERES)/Ministerio de Desarrollo Social (MIDES)/Doble clic Editoras, 2015.

La magnitud del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado en relación con el PIB da cuenta de su relevancia a nivel económico y esto se contradice con la poca valoración social que tiene y con el poco uso que se le da a esta información para la toma de decisiones económicas. En Argentina, por ejemplo, representa el valor económico del trabajo doméstico y de cuidados representa un 15,9% del PIB 2013 y representaría el sector más grande de toda la economía, seguido por la industria (13,2%) y el comercio (13%) (DNElyG, 2021). En México, la estimación para 2020 arrojó que el trabajo doméstico no remunerado fue equivalente al 27,6% del PIB, cercano al 32% que representan todas las actividades secundarias (INEGI, 2021). En Colombia, por su parte, comparar el valor económico del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado con el valor agregado bruto de las actividades económicas más relevantes de la economía, a precios corrientes de 2017, se observa que el primero es superior<sup>5</sup>. Para el caso de Chile en términos comparativos, la contribución del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado al PIB ampliado de 2015 (21,8%) supera la de todas las ramas de actividad económica, y representa casi el doble de importancia económica que el valor de los servicios financieros y empresariales (11,8%), cuatro veces el de la construcción y casi ocho veces el del sector agropecuario, silvícola y de pesca<sup>6</sup>. De igual manera, en El Salvador, el valor monetario de las actividades de trabajo doméstico y de cuidados (21,3%) supera al valor agregado de la industria manufacturera (16,1%) y el comercio (11,4%) en 2010<sup>7</sup>. Asimismo, la comparación del valor económico del trabajo doméstico y de cuidados de Guatemala en el año 2011 (18,9%) con el valor agregado de otras actividades económicas lo ubica en primer lugar (lo siguen la industria manufacturera con un 18,6% y el comercio con un 18%)<sup>8</sup>.

En contexto de la pandemia por COVID-19, la caída general de la actividad económica sumada a la mayor demanda de trabajo doméstico y de cuidados no remunerados que recayó sobre los hogares debido al cierre de establecimientos educativos y de cuidados y al traslado de muchos de los cuidados de salud hacia los hogares ante la saturación de los sistemas de salud (CEPAL 2020; CEPAL 2021) pronosticaría un mayor peso relativo del valor del trabajo doméstico y de cuidados en relación con el PIB. Los datos para México muestran que durante 2020 se presentó un aumento de horas en las labores domésticas y de cuidados principalmente en actividades vinculadas a los cuidados de salud dentro del hogar (con un crecimiento de 9.4% con relación a 2019), seguido de la limpieza y mantenimiento de la vivienda (con 7.5%), las actividades de ayuda escolar (con 7.4%) y el apoyo a otros hogares (con 7.3%). Por esto, el valor económico neto per cápita del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado de los hogares reportó un incremento de 11.1% respecto al año anterior (INEGI, 2021). De igual manera, el Banco Central de Chile mediante un ejercicio de actualización de la participación del trabajo doméstico no remunerado sobre el producto interno bruto ampliado, mostró un incremento de 4,8 puntos porcentuales respecto del año 2015 pasando de 21.8% a 25.6% en 2020. Para esto se utilizaron los datos de la encuesta nacional de uso del tiempo, pero se actualizó la realidad del mercado laboral a la realidad de 2020 durante la pandemia. Asimismo, se ajustaron las horas dedicadas al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado al contexto COVID-19 para reflejar los impactos del cierre de escuelas y la caída de los servicios domésticos y de cuidados remunerados (Banco Central Chile, 2020). Por su parte un ejercicio similar realizado para la Argentina mostraba que la participación del sector del trabajo doméstico y de cuidados no remunerados sobre el PIB en pandemia sería de 21,8%, cifra 5,9% mayor que la medición que no toma en cuenta los efectos de la pandemia (DNElyG, 2021).

Con la vigencia aún de la crisis provocada por la pandemia de COVID-19, tomaron relevancia las discusiones sobre la medición del bienestar en el marco de la revisión del Sistema de Cuentas Nacionales hacia su actualización para 2025. El grupo sobre trabajo doméstico no remunerado es uno de los cinco grupos

---

<sup>5</sup> DANE (2017), Cuenta satélite de la economía el cuidado 2017. En línea: [https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/cuentas/ec/Bol\\_CS\\_Econo\\_cuidado\\_TDCNR\\_2017.pdf](https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/cuentas/ec/Bol_CS_Econo_cuidado_TDCNR_2017.pdf).

<sup>6</sup> Comunidad Mujer (2020), Cuánto aportamos al PIB. En línea <https://comunidadmujer.cl/cuanto-aportamos-al-pib-reflexiones-y-estrategias-para-reconocer-el-trabajo-de-cuidados-no-remunerado-en-chile/>.

<sup>7</sup> Fátima Ramírez (2018), La experiencia del Salvador en la valorización económica del trabajo no remunerado y en la Cuenta Satélite. Presentación en Aguas calientes, 4 de septiembre 2018. En línea: [http://cedoc.inmujeres.gob.mx/documentos\\_download/RUT2018/S4-3-FatimaRamirez.pdf](http://cedoc.inmujeres.gob.mx/documentos_download/RUT2018/S4-3-FatimaRamirez.pdf).

<sup>8</sup> Secretaría presidencial de la Mujer de Guatemala. En línea: [https://www.inegi.org.mx/eventos/2015/genero/doc/p\\_s4b\\_JaimeMejia.pdf](https://www.inegi.org.mx/eventos/2015/genero/doc/p_s4b_JaimeMejia.pdf).



establecidos con un enfoque en *bienestar y sostenibilidad*. En la nota guía que elaboró se sostiene que, para una medida más comprensiva sobre el crecimiento económico, el SCN debería ampliarse para valorar la actividad no mercantil realizada dentro y entre hogares sin compensación monetaria. Sin considerar esta actividad, agregan, el crecimiento económico puede ser un indicador de progreso engañoso. La exclusión del trabajo doméstico no remunerado puede impactar directamente en el bienestar si la política económica sesga la intervención para favorecer la economía remunerada sobre la no remunerada producción doméstica (ISWGNA, 2020). Allí se recomienda avanzar en el cálculo del PIB extendido, para acompañar las mediciones tradicionales del PIB. Señalan que la diferencia entre uno y otro debería indicar los cambios de actividad en la frontera de la producción, mientras que el PIB extendido daría una representación más precisa del crecimiento económico, más alineado con el bienestar económico experimentado. Para mitigar las distorsiones asociadas con la valoración monetaria, recomiendan agregar la contabilización física en los cuadros de oferta y utilización. Sin embargo, alertan sobre la necesidad de más investigación para conocer si los cortes de las industrias en los cuadros actuales son óptimos para el analizar los servicios no remunerado de los hogares y realizar la estimación del PIB extendido. Además, los usuarios de las cuentas nacionales de estas cuentas extendidas podrían requerir también resultados en términos de volumen, área que también requeriría más lineamientos para ser desarrollada. Por otro lado, se propone utilizar una terminología nueva para legitimar los elementos añadidos como parte de un nuevo conjunto de estadísticas macroeconómicas ampliado, internamente consistente y no opcional. Se propone para ello reemplazar el término “cuentas satélite” por módulos con cuentas extendidas.

Tal como se mostró en la primera parte de este documento, las paradojas del PIB y el modo en que se utiliza alertan sobre la discusión en torno a la ampliación de la frontera de la producción. Si se incorporara el trabajo doméstico y de cuidados no remunerado sin una preocupación por su distribución, una mayor cantidad de este trabajo redundaría en crecimiento económico a pesar de las consecuencias que este aumento tendría en la vida de las mujeres, dado que son quienes en la actualidad realizan la mayor parte de este trabajo como pudo observarse en contexto de las múltiples crisis suscitadas por el COVID-19.

La estimación monetaria del valor de los bienes y servicios producidos no debe ser considerada como una medición completa del bienestar. Lo que sí puede hacer es brindar un común denominador para el análisis de las relaciones entre los *inputs* y *outputs* económicos. A largo plazo, los esfuerzos de valoración podrían contribuir a la construcción de matrices de contabilidad social que estimen el valor total de los insumos en los resultados del desarrollo, como la salud y la educación, con importantes implicaciones políticas. El ejercicio de situar la valuación monetaria en un contexto más amplio (véase el cuadro 2) podría implicar, por ejemplo, contabilizar entre los *outputs* la valoración que las personas hacen o las capacidades que producen dichas actividades (Folbre, 2015).

**Cuadro 2**  
**Situando ejercicios de valuación en un contexto más amplio**

<i>Inputs</i>	<i>Outputs</i>		
	Valor monetario de los bienes y servicios producidos	Utilidad o felicidad	Capacidades u otros indicadores sociales de valor intrínseco
Intercambio mercantil de trabajo y mercancías	Cuentas Nacionales <sup>a</sup>	Mediciones subjetivas del impacto de los ingresos y el trabajo remunerado	Capacidades humanas como la salud, la educación y las oportunidades de realización personal
Trabajo no mercantil y transferencias intra-hogar	Valuación del trabajo de no mercado y las transferencias de ingreso intra-hogar	Mediciones subjetivas del impacto de actividades y transferencias por fuera del mercado	
bienes naturales y servicios ecológicos	Estimado de costos de depreciación y reemplazo	Mediciones subjetivas de activos ambientales (basados en la valuación contingente o las preferencias reveladas)	

Fuente: “Valuing Non-market Work” (Folbre 2015).

<sup>a</sup> Con excepciones de las imputaciones de la producción de subsistencia, los autoalquileres, la intermediación financiera y algunas cuentas satélite.

Finalmente cabe resaltar que para que las cuentas o módulos extendidos y otros indicadores alternativos que incluyen la medición del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado se conviertan en una herramienta para el diseño de políticas públicas transformadoras en el ámbito macroeconómico, productivo y para la redistribución del tiempo y el poder, es imprescindible que en su elaboración y difusión se involucre al Estado y que se constituyan como parte de las estadísticas oficiales de los países.

La visibilización y valoración del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado implica un paso adelante en la posibilidad de reconocer su aporte a la economía y de ser tenido en cuenta para la toma de decisiones macroeconómicas, pero no necesariamente deriva en la redistribución social de este trabajo. Debates feministas alrededor de los límites que presenta la valoración apuntan al problema de medir y monetarizar aspectos relacionales y emocionales del trabajo doméstico y de comparar el tiempo destinado al mercado y actividades de no mercado, incluida la dificultad que reviste la medición de tareas que se superponen. Si bien es una estrategia importante para poner de manifiesto el peso del sector, también se advierte que podría reforzar lógicas de mercado (Bidegain y Nayar, 2012, pág. 39, traducción propia). En este último sentido, Carrasco y Recio (2014) reflexionan sobre la necesidad de considerar el tiempo como un componente fundamental en el desarrollo de un orden social más sostenible. Para ello señalan que es necesario realizar un desplazamiento de enfoque: desde el tratamiento del tiempo basado en sus aspectos cuantitativos directamente relacionados con el dinero propio de una sociedad patriarcal capitalista, hacia una perspectiva que tenga en cuenta todos los tiempos de vida, tomando como eje central los tiempos de cuidado y como objetivo el bienestar de las personas.

### III. La producción de bienestar: centrar la sostenibilidad de la vida

#### A. Recuperar lo invisibilizado, visibilizar lo desvalorizado

Si bien las teorías heterodoxas han sido críticas de la teoría del derrame que supone que el crecimiento aritmético deriva siempre en una mejora de la situación del conjunto (asociado a la idea de un aumento en la función de bienestar social), en muchas ocasiones han repetido la misma lógica al suponer que modelos de desarrollo que tiendan a una distribución más equitativa de los ingresos generarán, por sí mismos, un aumento del bienestar general (Calvi, 2020; Gaitán, 2014). Desde un enfoque feminista, la distribución y el bienestar refieren no sólo a los ingresos monetarios sino también a todas las variables que inciden en la posibilidad de contar con tiempo y un entorno propicio para el cuidado y el autocuidado. En términos de modelos de desarrollo, eso significa que no alcanza con incorporar a las mujeres al mercado laboral para garantizarles ingresos monetarios; tampoco basta con impulsar políticas de cuidado sólo por su efecto multiplicador en el crecimiento económico. La dimensión feminista significa orientar el desarrollo a la producción de bienestar para el conjunto de la sociedad. Poner la sostenibilidad de la vida en el centro implica juzgar los distintos patrones de crecimiento en función de sus efectos sobre el bienestar presente y futuro del conjunto de la población.

La historia del pensamiento económico muestra que el concepto de riqueza es variable, y en el siglo XXI hay que preguntarse de nuevo cuál es la riqueza que se quiere observar, si la que produce bienestar o la que hace acrecentar el dinero. El cuidado es la gran riqueza invisible de las economías modernas, pero no se distribuye por libre acuerdo sino por fuertes presiones sociales (Durán, 2018; pág 88). Para orientar la producción y la distribución hacia actividades que aumenten la riqueza entendida de este otro modo, es necesario contar con información sobre la valoración que las personas hacen de su propia vida y en particular, del modo en que pueden o no distribuir su tiempo. Para eso se precisan acuerdos sobre cuáles son las actividades que producen bienestar, tanto a nivel individual como colectivo. La producción orientada al bienestar podría implicar, por ejemplo, valorar aquello que libera tiempo para las actividades de no mercado que habilitan relaciones de cuidado, entre personas y con el planeta.

Una distribución más equitativa implica, para algunas personas, contar con más tiempo disponible para tareas domésticas y de cuidados y, para otras, la reducción del tiempo que dedican a dichas tareas. Una mejora en la distribución del tiempo podría tener efectos sistémicos con impacto positivo en el ciclo económico tales como la disminución de problemas de salud, el aumento de la calidad de la educación inicial de niños y niñas o hasta la reducción del endeudamiento de los hogares. La redistribución del tiempo es una condición necesaria para la redistribución de los recursos, el poder y las distintas formas del trabajo.

La igualdad, además de tener un valor intrínseco, produce efectos positivos en el crecimiento por su contribución a la innovación, el aumento de la productividad, la inclusión social y la protección del medio ambiente (CEPAL, 2018). La propuesta de avanzar hacia una sociedad del cuidado constituye una estrategia para transformar el actual estilo de desarrollo y transitar hacia uno que priorice la igualdad y sostenibilidad (CEPAL, 2021). Un horizonte común es un activo intangible no monetario, pero de enorme valor para la cohesión social, el desarrollo y la sostenibilidad. Esta propuesta implica visibilizar no sólo la posibilidad de acceder a bienes y servicios fundamentales para la sostenibilidad de la vida, sino cuestionar también la calidad de estos. Por eso es importante entender y poner en valor las características del cuidado y de los vínculos que se generan para poder garantizar el bienestar de quienes lo brindan y reciben. Desde esta perspectiva, cobra relevancia la medición de la producción de bienes y servicios en los hogares como así también el intercambio entre hogares y el cuidado del planeta. Las políticas tendientes a visibilizar, valorar y hacer más fuerte y equitativa a la red que conecta a quienes cuidan y a quienes reciben cuidados (véase el diagrama 4) son las que pueden orientar el tránsito hacia una sociedad del cuidado.

## B. Medir lo que se valora

La pandemia es una coyuntura crítica que redefine lo que es posible (CEPAL, 2020b). No se puede avanzar hacia esfuerzos de recuperación con decisiones políticas basadas exclusivamente en indicadores de crecimiento económico. Son necesarias acciones transformadoras que permitan construir un nuevo modelo de desarrollo centrado en la sostenibilidad de la vida y no en la acumulación de riqueza. Un modelo basado en un contrato social renovado cuyo eje sea un enfoque amplio de los derechos humanos, que convoque a múltiples actores y no deje a nadie atrás, que fomente la confianza en las instituciones y priorice el cuidado de las personas y el planeta (Naciones Unidas, 2021).

Esto implica transformar también las aproximaciones que tenemos del bienestar, el progreso, el desarrollo y la prosperidad, incorporando dimensiones que históricamente han permanecido invisibilizadas. Los argumentos desarrollados hasta aquí señalan la necesidad de mejorar al PIB como medida de producción al mismo tiempo que se diseñan y mejoran indicadores complementarios para áreas del desarrollo que aún no cuentan con mediciones, permitiendo así además enriquecer la forma de evaluar las políticas públicas.

Este contrato social implica también poner en valor los bienes públicos, fomentar la participación, transparencia y rendición de cuentas basadas en evidencia confiable, pertinente, suficiente y oportuna (CEPAL, 2020a; CEPAL, 2017a). Esta información debe construirse a partir de procesos de diálogos que permitan identificar las dimensiones que otorguen una imagen completa del bienestar y los roles que tienen el Estado, el sector privado, las comunidades, los hogares y los individuos en generar las condiciones para alcanzarlo. Los indicadores elegidos para la toma de decisiones no deberían basarse únicamente en los datos existentes, sino que deberían medir lo que se precisa conocer. En otras palabras, **no se trata de valorar lo que se mide si no de medir lo que se valora.**

Esto supone no sólo producir información nueva sino hacer un mejor aprovechamiento de la que ya existe, por ejemplo, integrando múltiples fuentes para generar indicadores novedosos. La posibilidad de cruzar información proveniente de encuestas laborales, de salud, educativas, de uso del tiempo y

distribución del ingreso, así como también contar con mediciones subjetivas que atiendan las particularidades de diversas trayectorias de vida, permite complejizar las mediciones de bienestar. Asimismo, la combinación de instrumentos que tradicionalmente están siendo utilizados para medir en silos las dimensiones social, económica y ambiental del desarrollo, permitirá entender las interacciones y sinergias que existen entre ellas.

El objetivo de centrar la sostenibilidad de la vida no remite a la sostenibilidad individual sino a la vida en común; a no dejar a nadie atrás. Por eso es preciso contar con un enfoque interseccional, que dé cuenta cómo opera la relación entre distintos factores como la pertenencia étnico-racial, el género, la situación socioeconómica en el bienestar individual y colectivo. Requiere además mover el sesgo antropocéntrico y androcéntrico y pensar en la sostenibilidad y bienestar ecológico y para esto medir no sólo el valor de los recursos naturales para el beneficio de las personas, sino ampliar las mediciones para captar el valor intrínseco de los ecosistemas para la sostenibilidad del planeta.

La sostenibilidad refiere también a la sostenibilidad en el tiempo. Es importante tener una mirada al largo plazo para evitar que los beneficios inmediatos se den a expensas del bienestar humano y planetario a más largo plazo (Naciones Unidas, 2021). Por esto, se vuelve necesario contar con indicadores que permitan anticipar conflictos futuros y actuar para solucionarlos desde el presente. La dimensión intergeneracional debería atravesar el concepto de sostenibilidad y para esto es necesario monitorear las grandes transformaciones como los cambios demográficos producidos por el envejecimiento de la población, los patrones de urbanización y migración; los cambios tecnológicos con sus impactos en la organización del trabajo, la salud, las telecomunicaciones, los patrones de producción y consumo; el cambio climático y la disponibilidad de recursos naturales y ecosistémicos; y los cambios económicos y sus impactos en la educación, salud y bienestar de las futuras generaciones (UNECE, 2017; Naciones Unidas, 2021).

La sostenibilidad tiene un componente espacial, y atraviesa las fronteras nacionales. Las acciones para atender al bienestar de unos territorios pueden impactar el bienestar de otros. En este sentido, se requiere avanzar hacia mediciones de los impactos transfronterizos de las medidas que se toman a nivel nacional.

Como se ha señalado en este documento, incorporar al análisis del bienestar la dimensión del tiempo, permite superar la visión de que el valor debe estar asociado a lo económico, para transitar hacia un concepto que no solo abarca la acumulación de bienes materiales, sino también la distribución y uso de los recursos y los impactos individuales y colectivos. Hacia el futuro, es importante expandir el uso de este tipo de mediciones; contar con mayor periodicidad para evaluar los cambios en el tiempo, avanzar hacia una mayor armonización metodológica para poder entender las diferencias entre países; mejorar el nivel de desagregaciones para poder incorporar un análisis interseccional al uso del tiempo; e integrar a las mediciones de uso del tiempo su dimensión subjetiva.

La información no es un fin en sí mismo sino un medio para la toma de decisiones. Por esto las mediciones de lo que tiene valor, deben convertirse en indicadores sencillos de interpretar y monitorear, que se difundan masivamente a distintos actores sociales y se usen para generar transformaciones en el actual estilo de desarrollo. La propuesta de descentrar el crecimiento (y el PIB como medida única para la toma de decisiones) y priorizar la sostenibilidad de la vida es al mismo tiempo una propuesta por un nuevo estilo de desarrollo en la que se priorice el bienestar.



## Bibliografía

- Adam, Bárbara (1994), *Time and social Theory*. Polity Press.
- Aguirre, Rosario, Cristina García Sainz y Cristina Carrasco (2005), *El tiempo, los tiempos, una vara de desigualdad, serie Mujer y Desarrollo*, N° 65 (LC/L.2324-P/E), Santiago de Chile, CEPAL [en línea] [https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/5936/S055367\\_es.pdf](https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/5936/S055367_es.pdf).
- Aguirre Rosario y Fernanda Ferrari (2014), La construcción del sistema de cuidados en el Uruguay: En busca de consensos para una protección social más igualitaria. Serie Políticas Sociales N° 192. CEPAL. Santiago de Chile. [en línea] <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/36721>.
- Antonopoulos, Rania, Thomas Masterson y Ajit Zacharias (2012), "It's About 'Time': Why Time Deficits Matter for Poverty", Levy Economics Institute Policy Brief, No. 126, New York.
- Arruzza, Cinzia (2016), C. Functionalist, determinist, reductionist: social reproduction feminism and its critics. *Science & Society*, v. 80, n. 1, p. 9-30.
- Avilés-Lucero, Felipe y Banco Central de Chile (2020), "Estimación trabajo doméstico no remunerado" [en línea] <https://www.bcentral.cl/documents/33528/3015423/estimacion-trabajo-domestico-no-remunerado.pdf/977aa3c3-7a61-20fe-be66-85c68c7707bo>.
- Barker, Drucilla y Edith Kuiper (eds.) (2003), *Toward a feminist philosophy of economics*, New York, Routledge.
- Batthyány, Karina; Genta, Natalia; Perrotta, Valentina (2015), Uso del tiempo y desigualdades de género en el trabajo no remunerado, en BATTHYÁNY, K. (coord.) *Los tiempos del bienestar social*, Montevideo: Imujeres, Mides.
- Bauhardt, Christine y Wendy Harcourt (eds.) (2019), *Feminist political ecology and the economics of care: in search of economics alternatives*, New York, Routledge.
- Becker, Gary (1965), "A theory of the allocation of time", *Economic Journal*, vol. 75, N° 299, Royal Economic Society.
- Benston, Margaret (1969), "The political economy of women liberation", *Monthly Review*, Septiembre 1969.
- Bittman, Michael (1999), "Social Participation and Family Welfare: The Money and Time Costs of Leisure", *SPRC Discussion Paper No. 95*, Febrero 1999.
- Braunstein, E., R. Bouhia y S. Seguino (2019), "Social reproduction, gender equality and economic growth", *Cambridge Journal of Economics*, vol. be2032, Oxford, Oxford University Press.

- Belucci, Mabel y Emmanuel Theumer (2019), *Desde la Cuba revolucionaria: feminismo y marxismo en la obra de Isabel Larguía y John Dumoulin*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, CLACSO.
- Benvin, Evelyn, Elizabeth Rivera y Varinia Tromben (2016), "Propuesta de un indicador de bienestar multidimensional de uso del tiempo y condiciones de vida aplicado a Colombia, el Ecuador, México y el Uruguay", *Revista CEPAL*, N° 118, abril.
- Bidegain, Nicole y Anita Nayar (2012), "Structural transformations for gender, economic and ecological justice" Sustainable economy and green growth: who cares? *International workshop linking care, livelihood and sustainable economy*, Berlin, Genanet. [en línea] [https://wedo.org/wp-content/uploads/2013/04/Int\\_WS\\_Sustainable\\_Economy\\_Green\\_Growth\\_who\\_cares\\_EN.pdf](https://wedo.org/wp-content/uploads/2013/04/Int_WS_Sustainable_Economy_Green_Growth_who_cares_EN.pdf).
- Bosch, Anna, Cristina Carrasco y Elena Grau (2005), "Verde que te quiero violeta: encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo", *Boletín Ecos* [en línea] [https://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/Boletin\\_ECOS/10/verde\\_que\\_te\\_quiero\\_violeta.pd](https://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/Boletin_ECOS/10/verde_que_te_quiero_violeta.pd).
- Brennan, Teresa (2000), *Exhausting modernity: grounds for a new economy*, New York, Routledge.
- Carrasco, Cristina (2017), "La economía feminista. Un recorrido a través del concepto de reproducción", *Ekonomiaz N.º 91*, 1.º semestre, 2017. Barcelona.
- \_\_\_\_\_ (2016), "El tiempo más allá del reloj", *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 34(2), 357-383.
- \_\_\_\_\_ (2001), "La sostenibilidad de la vida humana: ¿Un asunto de mujeres?", *Ediciones de Intervención Cultural*. Mientras Tanto, No. 82 (Otoño - invierno 2001), pp. 43-70.
- Carvajal, Franco (2017), "Avances y desafíos de las cuentas económico-ambientales en América Latina y el Caribe", Serie estudios estadísticos 95, Santiago de Chile, CEPAL. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.17-00990.
- Cavallero, L. & Gago, V. (2020), "10 Theses on Feminist Economics (or the antagonism between the strike and finance)", *CLCWeb : Comparative literature and culture*, vol. 22, No. 2, Ashland, Purdue University Press.
- CEDAW (Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer) (1991), Recomendación general N 17, Décimo período de sesiones, [en línea] <https://www.un.org/womenwatch/daw/cedaw/recommendations/recomm-sp.htm>.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2022), *Panorama social de América Latina, 2021*, (LC/PUB.2021/17-P), Santiago de Chile [en línea] [https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/47718/1/S2100655\\_es.pdf](https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/47718/1/S2100655_es.pdf).
- \_\_\_\_\_ (2021a), *Guía metodológica sobre las mediciones de uso del tiempo en América Latina y el Caribe: Resumen*, (LC/CEA.11/4).
- \_\_\_\_\_ (2021b), "La paradoja de la recuperación en América Latina y el Caribe. Crecimiento con persistentes problemas estructurales: desigualdad, pobreza, poca inversión y baja productividad", *Informe Especial COVID-19*, N° 11, Santiago.
- \_\_\_\_\_ (2021c), Estudio Económico de América Latina y el Caribe 2021: dinámica laboral y políticas de empleo para una recuperación sostenible e inclusiva más allá de la crisis del COVID-19, Santiago de Chile, CEPAL [en línea] <https://www.cepal.org/es/publicaciones/47192-estudio-economico-america-latina-caribe-2021-dinamica-laboral-politicas-empleo#:~:text=En%20su%20edici%C3%B3n%20correspondiente%20a,crecimiento%20para%202021%20y%202022>.
- \_\_\_\_\_ (2021d), *Panorama Social de América Latina 2020* (LC/PUB.2021/2-P) Santiago de Chile [en línea] <https://www.cepal.org/es/publicaciones/46687-panorama-social-america-latina-2020>.
- \_\_\_\_\_ (2021e), *Hacia la sociedad del cuidado: los aportes de la Agenda Regional de Género en el marco del desarrollo sostenible* (LC/MDM.61/3), Santiago, 2021.
- \_\_\_\_\_ (2020a), "Pactos políticos y sociales para la igualdad y el desarrollo sostenible en América Latina y el Caribe en la recuperación pos-COVID-19", N° 8, Informe Especial COVID-19 [en línea] <https://www.cepal.org/es/publicaciones/41598-panorama-social-america-latina-2016>.
- \_\_\_\_\_ (2020b), *Panorama Social de América Latina 2020*, LC/PUB.2021/2-P/Rev.1, N.U CEPAL, Santiago.
- \_\_\_\_\_ (2019), La autonomía de las mujeres en escenarios económicos cambiantes, (LC/CRM.14/3), Santiago de Chile [en línea] [https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45032/4/S1900723\\_es.pdf](https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45032/4/S1900723_es.pdf).
- \_\_\_\_\_ (2018), La ineficiencia de la desigualdad, NU. CEPAL. Período de Sesiones No. 37 La Habana Cuba 7-11 mayo 2018.



- \_\_\_\_\_ (2017a), *Estrategia de Montevideo para la Implementación de la Agenda Regional de Género en el Marco del Desarrollo Sostenible hacia 2030* (LC/CRM.13/5), Santiago de Chile, marzo.
- \_\_\_\_\_ (2017b), *Panorama social de América Latina, 2016*, (LC/PUB.2017/12-P), Santiago de Chile [en línea] [https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/47718/1/S2100655\\_es.pdf](https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/47718/1/S2100655_es.pdf).
- \_\_\_\_\_ (2016a), *Productividad y brechas estructurales en México*, Santiago, Chile.
- \_\_\_\_\_ (2016b), *Horizonte 2030: la igualdad en el centro del desarrollo sostenible*, Santiago, Chile.
- \_\_\_\_\_ (2014), *Panorama social de América Latina, 2014*, (LC/G.2635-P), Santiago de Chile.
- \_\_\_\_\_ (2013), "Consenso de Santo Domingo", Duodécima Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe, [en línea] [https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/40450/1/Consenso\\_Santo\\_Domingo\\_es.pdf](https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/40450/1/Consenso_Santo_Domingo_es.pdf).
- \_\_\_\_\_ (2010), "Consenso de Brasilia", Décima primera conferencia regional sobre la mujer de América Latina y el Caribe.
- \_\_\_\_\_ (2007), "Consenso de Quito", Informe de la Décima Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe (LC/G.2361(CRM.10/8) [en línea] <http://www.cepal.org/mujer/noticias/noticias/3/27753/InformeFinalXConferencia.pdf>.
- \_\_\_\_\_ (2000), "Consensus de Lima", Informe de la Octava Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe (LC/G.2087(CRM.8/6)) [en línea] [http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/16723/S2000632\\_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y](http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/16723/S2000632_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y).
- \_\_\_\_\_ (1997), "Consensus de Santiago", Séptima Conferencia Regional sobre la Integración de la Mujer en el Desarrollo Económico y Social de América Latina y el Caribe (LC/G.2016(CRM.7/7)), Santiago de Chile.
- \_\_\_\_\_ (1994), *Programa de Acción Regional para las Mujeres de América Latina y el Caribe (1995-2001)*, [en línea] <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/16664>.
- \_\_\_\_\_ (s/f), *Observatorio de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe* [en línea] <https://oig.cepal.org/es>.
- CEPAL/OXFAM (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/ Comité de Oxford de Ayuda contra el Hambre) (2016), *Tributación para un crecimiento inclusivo*, (LC/L.4159), Santiago.
- CEPAL/UNIFEM (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer/) (2004), *Entender la pobreza desde la perspectiva de género, Serie Mujer y Desarrollo N 52*, (LC/L.2063 -P), Santiago.
- Colectivo Precarias a la deriva (2014), *A la deriva. Por los circuitos de la precariedad femenina*, Madrid, Traficantes de sueños.
- Comunidad Mujer (2019), *¿Cuánto aportamos al PIB?: primer estudio nacional de valoración económica del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado en Chile*, Chile, ComunidadMujer [en línea] <https://www.comunidadmujer.cl/biblioteca-publicaciones/wp-content/uploads/2020/03/Cu%C3%A1nto-aportamos-al-PIB.-Estudio-de-Valoraci%C3%B3n-Econ%C3%B3mica-del-TDCNR-en-Chile.pdf>.
- Costanza, Robert y Hunter L. Lovins (2014), "Development: time to leave GDP behind", *Nature*, enero.
- Costanza, Robert, Maureen Hart, Stephen Posner y John Talberth (2009), "Beyond GDP: the need for new measures of progress", *The Pardee Papers*, N° 4, enero [en línea] <https://www.bu.edu/pardee/files/documents/PP-004-GDP.pdf>.
- Damián González, Araceli (2013), "El tiempo: la variable olvidada en los estudios del bienestar y la pobreza", *Revista Sociedad & Equidad*, N°. 5, enero.
- Dalla Costa, y Selma, James (1973), *The Power of Women and the Subversion of the Community*, *Falling Wall Press Limited*.
- DNElyG (Dirección Nacional de Economía, Igualdad y Género) (2020), *Los cuidados, un sector económico estratégico: medición del aporte del trabajo doméstico y de cuidados no remunerados al Producto Interno Bruto*, Ministerio de Economía Argentina [en línea] [https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/los\\_cuidados\\_-\\_un\\_sector\\_economico\\_estrategico\\_o.pdf](https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/los_cuidados_-_un_sector_economico_estrategico_o.pdf).
- Durán, María Ángeles (2018), "Las cuentas del cuidado", *Revista Española de Control Externo*, vol. 20, N° 58, enero.
- Durán Heras, María Ángeles (2011), "El trabajo de cuidado en el marco macroeconómico", *El trabajo del cuidado en América Latina y España*, documento de trabajo N° 54, Fundación Carolina – CeALCI, Madrid, diciembre.

- ECOSOC (Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas) (2017), "Women's economic empowerment in the changing world of work", *Commission on the Status of Women: Sixty-first session*, March 2017, United Nations Economic and Social Council.
- Elson, Diane (2002), "Iniciativas de Presupuestos Sensibles al Género: Dimensiones Claves y Ejemplos Prácticos", Presentado en el Seminario: Enfoque de género en los presupuestos 3-4 septiembre de 2002. Gobierno de Chile (Sernam y Ministerio de Hacienda), PNUD, CEPAL, Unifem, GTZ [en línea] [http://www.presupuestoygenero.net/index.php?option=com\\_sobiz&sobizTask=sobizDetails&sobizId=207&Itemid=400089](http://www.presupuestoygenero.net/index.php?option=com_sobiz&sobizTask=sobizDetails&sobizId=207&Itemid=400089).
- Elson, Diane y Rodríguez Enriquez, Corina (2021), "Del dicho al hecho: la narrativa de género del FMI y los derechos humanos de las mujeres", *Revista Derechos en Acción* ISSN 2525-1678/ e-ISSN 2525-1686 Año 6/Nº 18 Verano 2020-2021.
- Esquivel, Valeria (2016), "La economía feminista en América Latina": NUSO 265, septiembre octubre 2016, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_(2011), "La economía del cuidado en América Latina: poniendo a los cuidados en el centro de la agenda. PNUD. Area Practica de Genero. Serie Atando cabos, deshaciendo nudos, octubre 2011, Panamá.
- Fisher, B. y Tronto, Joan (1990), "Toward a feminist theory of caring", *Circles of Care: Work and Identity in Women's Lives*, E. Abel y M. Nelson (eds.), Nueva York, State University of New York Press
- Fitzsimons, Alejandro y Guido Starosta (2019), "¿Una mercancía 'como cualquier otra?': reexaminando la determinación del valor de la fuerza de trabajo ["A commodity 'like all other commodities'? Re-examining the determination of the value of labour power"]. *Economía e Sociedade*, vol. 28, Nº 3, <https://cicpint.org/en/fitzsimons-a-y-starosta-g-2019-una-mercancia-como-cualquier-otra-reexaminando-la-determinacion-del-valor-de-la-fuerza-de-trabajo-a-commodity-like-all-other-com/>.
- Fleurbaey, Marc (2009), "Beyond GDP: The quest for a measure of social welfare", *Journal of Economic Literature*, vol. 47, Nº 4, diciembre, <http://www.jstor.org/stable/40651532>.
- Folbre, Nancy (2015), "Valuing Non-market Work", Human Development Report Office. Think Piece, New York, NY 10017, USA [en línea] [https://hdr.undp.org/sites/default/files/folbre\\_hdr\\_2015\\_final\\_o.pdf](https://hdr.undp.org/sites/default/files/folbre_hdr_2015_final_o.pdf).
- Fournier, Marisa (2020), "Cuidados comunitarios en clave feminista y de Economía social. El derecho a la autonomía y la autogestión". Instituto Tricontinental de Investigación Social. Junio, 2020 [en línea] <https://thetricontinental.org/es/argentina/fp-fournier/4>.
- Gaitán, F (2014), *Auge, ocaso y resurgimiento de los estudios sobre desarrollo en América Latina*, Documento de Proyectos N 575, (LC/W.575), Santiago.
- Gaudin, Y y Pareyón Noguez, R (2020), "Brechas estructurales en América Latina y el Caribe: una perspectiva conceptual-metodológica", Documentos de Proyectos (LC/TS.2020/139; LC/MEX/TS.2020/36), Ciudad de México, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), 2020.
- Gómez Luna, María Eugenia (2010), *Directrices y referentes conceptuales para armonizar las encuestas sobre uso del tiempo en América Latina y el Caribe*. Grupo de Trabajo de Estadísticas de Género. INMUJERES, UNIFEM, CEPAL, INEGI. México.
- \_\_\_\_\_(2003), "Macroeconomía y trabajo no remunerado", *Economía y género: macroeconomía, política fiscal y liberalización*. Análisis de su impacto sobre las mujeres, P. De Villota (ed.), Barcelona, Icaria Editorial.
- Heintz, James (2019), *The economy's other half: how taking gender seriously transforms macroeconomics*, New Castle upon Tyne, Agenda Publishing.
- Herrero, Yayo, Fernando Cembranos y Marta Pascual (coords) (2011), *Cambiar las gafas para mirar el mundo: una nueva cultura de la sostenibilidad*, Madrid, Libros en Acción.
- Himmelweit, Susan y Simon Mohun (1977), "Domestic labour and capital", *Cambridge Journal of Economics*, vol. 1, Nº 1, marzo, <https://academic.oup.com/cje/article-abstract/1/1/15/1734944>.
- Hochschild, Arlie (2001), "Las cadenas mundiales de afecto y asistencia y la plusvalía emocional" en *En el límite: la vida en el capitalismo global* coord. por Will Hutton, Anthony Giddens, 2001, ISBN 84-8310-737-6, págs. 187-208.
- Hochschild, Arlie y Machun, Anne (1989), *The second shift*, Estados Unidos, Viking Penguin.
- INEGI (2021), *Cuenta satélite del trabajo no remunerado de los hogares de México 2020*, Comunicado de prensa Num 710, 3 de diciembre de 2021 [en línea] <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2021/tnrh/cstnrh2020.pdf>.

- ISWGNA (Intersecretariat Working Group on National Accounts) (2020) *Recommendations for the effective measurement of unpaid household services within the 2008 System of National Accounts Framework*. Webinar on Well-being and sustainability 3 September 2020, 13:30 - 16:30 Organizers: Statistics Canada and OECD.
- Jones, Charles I. y Peter J. Klenow (2016), "Beyond GDP? Welfare across countries and time", *American Economic Review*, vol. 106, N° 9, septiembre [en línea] <http://dx.doi.org/10.1257/aer.20110236>.
- Keyes, C. L., Shmotkin, D., & Ryff, C. D. (2002), Optimizing well-being: the empirical encounter of two traditions. *Journal of personality and social psychology*, 82(6), 1007.
- Kuznets, Simon (1934), "National income, 1929-1932", *National Bureau of economic research, Inc.*, vol. 49, junio [en línea] <https://www.nber.org/system/files/chapters/c2258/c2258.pdf>.
- Latigo, Alfred y Mohammed Neijwa (2005), "A New Round of Time-use Studies for Africa: Measuring Unpaid Work for Pro-poor Development Policies", Bureau for Development Policy, UNDP y The Levy Economics Institute of Bard College, New York, octubre.
- Loncon, Elisa (2019), "Una aproximación al tiempo, el pensamiento filosófico y la lengua mapuche", *Árboles y Rizomas* Vol. I, N° 2 (julio-diciembre, 2019): 67-81 Universidad de Santiago de Chile, ISSN 0719-9805.
- Manfredi, Marison y Eugenio Actis Di Pasquale (2021), "Medición del bienestar objetivo y subjetivo: una propuesta de índice de desarrollo humano integral", *Revista de Economía Mundial*, N° 57 [en línea] <https://doi.org/10.33776/rem.voi57.4648>.
- Mazzucato, Mariana (2018), *The value of everything: making and taking in the global economy*, London: Penguin-Allen Lane (ebook).
- Mincer, J. (1962), "Labor force participation of married women", *Aspects of Labor Economics*, H.G. Lewis (ed.), Princeton, Princeton University Press.
- Montaño Virreira, Sonia y Coral Calderón Magaña (coords.) (2010), *El cuidado en acción: entre el derecho y el trabajo*, Santiago de Chile, Cuadernos de la CEPAL.
- Naciones Unidas (2021), *Nuestra Agenda Común: Informe del Secretario General*, Nueva York. Publicación de Naciones Unidas [en línea] <https://www.un-ilibrary.org/content/books/9789210010146>.
- \_\_\_\_\_ (2015), Transformar nuestro mundo: la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible (A/RES/70/1), Nueva York, octubre. Disponible en: [https://www.un.org/ga/search/view\\_doc.asp?symbol=A/70/L.1&Lang=S](https://www.un.org/ga/search/view_doc.asp?symbol=A/70/L.1&Lang=S).
- \_\_\_\_\_ (2009), "Sistema de cuentas nacionales 2008" [en línea] [https://www.cepal.org/sites/default/files/document/files/sna2008\\_web.pdf](https://www.cepal.org/sites/default/files/document/files/sna2008_web.pdf).
- \_\_\_\_\_ (1996) "Sistema de cuentas nacionales 1994" [en línea].
- \_\_\_\_\_ (1953), A System of National Account and Supporting tables, Sales No: 1952 XVII 4, New York, 1953.
- \_\_\_\_\_ (1947), Measurement of National income and the construction of social accounts, Studies and reports on Statistical Methods, Geneve.
- OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos) (2020), *Beyond growth: towards a new economic approach*, New Approaches to Economic Challenges, OECD Publishing, Paris [en línea] <https://doi.org/10.1787/33a25ba3-en>.
- OIT (Organización Internacional del Trabajo) (2018), 20° Conferencia Internacional de Estadísticos del Trabajo. Ginebra. [en línea] <https://ilostat.ilo.org/es/about/standards/icls/icls-documents/#icls20>.
- \_\_\_\_\_ (2013), 19° Conferencia Internacional de Estadísticos del Trabajo. Ginebra. Disponible en: <https://ilostat.ilo.org/es/about/standards/icls/icls-documents/#icls19>.
- \_\_\_\_\_ (2008), 18° Conferencia Internacional de Estadísticos del Trabajo. Ginebra. Disponible en: <https://ilostat.ilo.org/es/about/standards/icls/icls-documents/#icls18>.
- OMS (Organización Mundial de la Salud) (2022), Valuing Health for All: Rethinking and building a whole-of-society approach, COUNCIL BRIEF NO.3, 8 Marzo.
- OPS (Organización Panamericana de la Salud) (2008), *La economía invisible y las desigualdades de género: La importancia de medir y valorar el trabajo no remunerado*, Washington, D.C., OPS.
- Orozco, Mónica E. y ONU Mujeres México (2018), "El trabajo, los cuidados y la pobreza", *El trabajo de cuidados: una cuestión de derechos humanos y políticas públicas*, Ciudad de México, ONU Mujeres.

- Pérez Orozco, Amaia (2014), *Subversión feminista de la economía: sobre el conflicto capital-vida*, Madrid: *Traficantes de sueños* [en línea] [https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Subversi%  
c3%b3n\\_feminista\\_de\\_la\\_econom%  
c3%ada\\_Traficantes\\_de\\_Sue%  
c3%b1os.pdf](https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Subversi%c3%b3n_feminista_de_la_econom%c3%ada_Traficantes_de_Sue%c3%b1os.pdf).
- Pérez Orozco, Amaia (2006), *Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico*. *Revista de Economía Crítica*, nº 5. Marzo de 2006, pp 7-37 ISSN: 1696-0866, Madrid.
- Pérez Orozco, A. y Agenjo Calderón, A. (2018), *La economía feminista: viva, abierta y subversiva*. En prensa. CTXT [en línea] <https://ctxt.es/es/20180502/Politica/19356/economia-fiminista-heteropatriarcado-genero-cuidados-ecologia-capitalismo-amaia-perez-orozco.html>.
- Picchio, Antonella, (2001), "Un enfoque macroeconómico ampliado de las condiciones de vida", documento presentado en la Conferencia Inaugural de las Jornadas "Tiempos, trabajos y género", Barcelona, Universidad de Barcelona. [en línea] <https://www.fundacionhenrydunant.org/images/stories/biblioteca/Genero-Mujer-Desarrollo/enfoque%20macroeconomico%20ampliado.pdf>.
- \_\_\_\_\_(1999), "Visibilidad analítica y política del trabajo de reproducción social". En: Carrasco, C. (ed) *Mujeres y economía*, Barcelona, Icaria – Antrazyt.
- Ramírez, Fátima (2018), "La experiencia de El Salvador en la valorización económica del trabajo no remunerado y en la cuenta satélite", Aguascalientes [en línea] [http://cedoc.inmujeres.gob.mx/documentos\\_download/RUT2018/S4-3-FatimaRamirez.pdf](http://cedoc.inmujeres.gob.mx/documentos_download/RUT2018/S4-3-FatimaRamirez.pdf).
- Razavi, Shahra (2007), *The political and social economy of care in a development context: conceptual issues, research questions and policy options*, Geneva, UN Research Institute for Social Development.
- Rodríguez, Corina (2012), "La cuestión del cuidado: ¿El eslabón perdido del análisis económico?", *Revista CEPAL106*, abril 2012 LC/G. 2518-P, Santiago de Chile.
- Rodríguez, Dinah y Jennifer Cooper (comps.) (2005), *El debate sobre el trabajo doméstico*, México, D.F., UNAM.
- Rodríguez Enríquez, Corina (2005), "Economía del cuidado y política económica: una aproximación a sus interrelaciones". Trigésima octava reunión de la Mesa Directiva de la Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe, Mar del Plata, Argentina, 7 y 8 de septiembre.
- Rodríguez Enríquez, Corina y Marzonetto, Gabriela (2015), "Organización social del cuidado y desigualdad: el déficit de políticas públicas de cuidado en Argentina", *Revista Perspectivas de Políticas Públicas* Año 4 Nº 8 (Enero-Junio 2015) ISSN 1853-9254.
- Secombe, Wally (1974), "The housewife and her labour under capitalism", Reino Unido, *New Left Review*, n. 83, p. 3- 24.
- Secretaría Presidencial de la Mujer, Gobierno de la República de Guatemala (2015), "Política nacional de promoción y desarrollo integral de las mujeres -PNPDIM- y el plan de equidad de oportunidades -PEO-2008-2023", Presentado en XVI Encuentro Internacional de Estadísticas de Género [en línea] [https://www.inegi.org.mx/eventos/2015/genero/doc/p\\_s4b\\_JaimeMejia.pdf](https://www.inegi.org.mx/eventos/2015/genero/doc/p_s4b_JaimeMejia.pdf).
- Stiglitz, Joseph, Amartya Sen y Jean-Paul Fitoussi (2009), *Report by the commission on the measurement of economic performance and social progress*. *Studies in Methods* No. 2, "A system of national accounts and supporting tables", United Nations, New York [en línea] <https://unstats.un.org/unsd/nationalaccount/docs/1953SNA.pdf>.
- Studies and Reports on Statistical Methods* No 7, *Measurement of national income and the construction of social accounts: Report of the sub-committee on national income statistics of the league of nations committee of statistical experts* (1947) Geneva, United Nations [en línea] <https://unstats.un.org/unsd/nationalaccount/docs/1947NAreport.pdf>.
- UNECE (United Nations Economic Commission for Europe) (2017), *Guide on valuing unpaid household service work*, New York and Geneva, New York, [en línea] <https://unece.org/fileadmin/DAM/stats/publications/2018/ECECESSTAT20173.pdf>.
- \_\_\_\_\_(2014), *Conference of European Statisticians Recommendations on Measuring Sustainable Development*, New York and Geneva, United Nations [en línea] [https://unece.org/DAM/stats/publications/2013/CES\\_SD\\_web.pdf](https://unece.org/DAM/stats/publications/2013/CES_SD_web.pdf).

- Vaca Trigo, Iliana (2015), Pobreza y tiempo destinado al trabajo no remunerado: un círculo vicioso, ponencia presentada en el XVI Encuentro Internacional de Estadísticas de Género: desafíos estadísticos para la implementación de la agenda de desarrollo sostenible, Aguascalientes, México, 9-11 de septiembre de 2015.
- Varjonen, Johanna y Kristiina Aalto (2006), *Household production and consumption in Finland 2001: Household Satellite Account*, Helsinki, Helsingfors, Statistics Finland [en línea] [https://helda.helsinki.fi/bitstream/handle/10138/152276/Household\\_production\\_and\\_consumption\\_in\\_Finland\\_2001.pdf?sequence=1&isAllowed=y](https://helda.helsinki.fi/bitstream/handle/10138/152276/Household_production_and_consumption_in_Finland_2001.pdf?sequence=1&isAllowed=y).
- Velazquez Orihuela, Daniel (2021), Reducción de la participación salarial en el ingreso y precarización del empleo, *Revista de la CEPAL N° 134*, Santiago, agosto de 2021.
- Villatoro, Pablo (2012), *La medición del bienestar a través de indicadores subjetivos: una revisión*, Serie Estudios Estadísticos y Prospectivos, N° 79, Santiago de Chile, CEPAL.
- Williams, Chris (2020), "Can a 'natural capital approach' restore nature in the UK?" London, New Economics Foundation [en línea] <https://neweconomics.org/2020/01/can-a-natural-capital-approach-restore-nature-in-the-uk>.

Numerosos planteos formulados en los últimos años señalan lo restringido de considerar el producto interno bruto (PIB) como una medida de bienestar. Este documento retoma dichas críticas, al tiempo que señala los límites del PIB para medir la producción.

Lo que incluye y lo que no incluye el PIB es resultado de convenciones que arrastran sesgos androcéntricos. La falta de valoración de los servicios no remunerados producidos por los hogares y de los recursos naturales resulta en una visión sesgada de la economía que pone el enfoque en los mercados y deja de lado otros procesos esenciales para la vida humana.

La región de América Latina y el Caribe tiene una larga trayectoria de acuerdos políticos y técnicos que destacan la importancia para las sociedades de dimensiones como las de los cuidados, el reparto del tiempo y el bienestar. El documento llama, especialmente, a medir aquello que las sociedades valoran y a incluir en la toma de decisiones indicadores complementarios al PIB, entre los que se destacan los indicadores de uso del tiempo.

